



Commonsense
Learners
Provide
Additional
Support
Services



Vida de palabras Consuelo Luzardo

FUNDACIÓN
**ABRA
PALABRA**

U Universidad
del Tolima
Una nueva historia



Alcaldía Municipal
Ibagué

por
I BAGUÉ
con todo el corazón
Secretaría de Educación Municipal



Vidadepalabras

CONSUELO

Luzardo

© Sello Editorial Universidad del Tolima, 2019

© Fundación Abrapalabra

Vida de Palabras N° 7: 1.000 ejemplares

ISSN: 2590-7603

Número de páginas: 96

Ibagué-Tolima

Universidad del Tolima

Fundación Abrapalabra

Vida de palabras - Consuelo Luzardo

Dirección general:

Ricardo Cadavid

Natalia Guarnizo

Dirección audiovisual:

Diego Avendaño

Comité editorial:

Ricardo Cadavid

Nelson Germán Sánchez Pérez

Carlos Pardo Viña

Natalia Rodríguez Ordóñez

Arlovich Correa Manchola

Dirección de contenidos:

Carlos Pardo Viña

publicaciones@ut.edu.co

direccion@fundacionabrapalabra.org

Impresión, diseño y diagramación por León Gráficas s.a.s.

Portada: Foto de Consuelo Luzardo

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.



FUNDACIÓN
ABRAPALABRA

U Universidad
del Tolima
Una nueva historia



Alcaldía Municipal
Ibagué

por
I BAGUÉ
con todo el **corazón**
Secretaría de Educación Municipal

Contenido

A manera de presentación:		
Breve historia de una leyenda	7	De los sets a los pits
<i>Por Carlos Pardo Viña</i>		<i>Por Yisseth Jhovana Prieto Torres y Sara Marcela Díaz Olaya</i>
En el nombre del padre	15	Una machera de tía
<i>Por Nelson Germán Sánchez Pérez – Gersan -</i>		<i>Por Juan Carlos Díaz</i>
De premios y memorias	21	Tiempo de radionovela
<i>Por Sara Pacheco</i>		<i>Por Érika Cárdenas</i>
Consuelo Luzardo Actriz, sí. Publicista, también	27	Tiempos de teatro
<i>Por Daniela González Cifuentes</i>		<i>Por Alix Oriana Sierra Vargas y Stephania Valenzuela Henao</i>
Los maravillosos años sesenta	33	Zapatos de tap
<i>Por Martín Leonardo Espitia</i>		<i>Por Juliana Valentina Hernández</i>
La década de los 90 y la nueva telenovela nacional	43	Señoras rarísimas pero regias
<i>Por Juan Sebastián Rodríguez Cubillos</i>		<i>Por Daniela Moreno</i>
Soy tímida	49	
<i>Por César Augusto Gutiérrez Lozano</i>		



Prólogo

Breve historia de una leyenda

Por Carlos Pardo Viña*

Consuelo Luzardo tiene 10 años. Ve cine: *El don apacible*, *Pasaron las grullas*; ve a su padre leer incansablemente y lo imita con los clásicos infantiles que le regala, estudia en colegios pequeños, cerca de casa, porque sus padres pensaban que un colegio grande iba a ser una tortura para ella, siempre con miedo de la gente, siempre introvertida, siempre tímida, muy tímida. No es una estudiante brillante, pero lee. Lee mucho. *El llano en llamas*, *Pedro Páramo*. Se deleita con el olor de las hojas y la tinta y pone en sus ojos abiertos las imágenes que el texto sugiere. En casa, buena música, libros, escuchar el radio teatro de la Radio Nacional, en un ritual que posponía incluso la comida porque su padre decía que no se podía

escuchar una pieza de arte peleando con el tenedor, ir al Teatro Colón a ver las grandes compañías de ballet, Real ballet de Londres, Grand Ballet du Marquis de Cuevas, y entonces, Tchaikovsky. Consuelo no pestañea. Asiste a un mundo de ensueño proyectado desde un escenario. Consuelo tiene sólo 10 años, pero el arte tiende la mano hacia su corazón.

En 1959, Consuelo tiene 14 años. Un aviso en el diario El Tiempo la seduce: “Abiertas las inscripciones en la Escuela Nacional de Arte Dramático”. Quiero ir, dice. Su padre le insinúa que lea bien el texto, con esa timidez que tiene, qué va a estudiar teatro. Ella insiste y su padre la matricula con la esperanza de que

* Escritor y periodista

apenas la pararan en el escenario “se pusiera a berrear” y volviera a la “normalidad”. No fue así. Apenas subió, sufrió un golpe emocional tan hermoso y contundente que supo exactamente a qué sabía la felicidad.

Consuelo tiene 15 años. Sale del colegio, se quita el uniforme y corre a la escuela en el llamado El nuevo palomar, en los altos del Colón. Sus maestros comienzan a marcar su vida. Veía historia del teatro con el gran José Prat, historia del arte con Casimiro Eiger, improvisación y expresión corporal con Boris Roth, esgrima con Alcides Villamarín, arquitectura teatral y escenografía con Pedro Restrepo Peláez, ballet e historia de la música con Hilda de Restrepo, dicción, locución y fonética con Carlos Clavijo Rubio. Y entonces los montajes. El oso de Chejov, las óperas y zarzuelas que dirigía Jaime Manzur —aún recuerda los coros de las Leandras—. Festivales cada tres meses y el teatro que se le metía por las venas haciéndola absolutamente feliz. Sus compañeros, se convertirían en grandes referentes del teatro y la cultura colombiana: Miguel Torres, Frank Ramírez, Gustavo Angarita, Eduardo Serrano, Alonso Garcés. A su alrededor





confluyeron muchas artes, pero especialmente toda la sensibilidad. La obra de inicio de carrera: La casa de Bernarda Alba. El estreno fue en el Colón, con presidente a bordo. Le pagaron 150 pesos. Hay que enmarcar eso, es lo único que va a ganar, le dice su padre entre chanza y chiste. No, dice ella. Yo me quiero comprar algo bonito. En ese momento no sabía que haría 30 años de teatro gratis.

Consuelo tiene 18 años. No hay mucho teatro en Colombia y junto a Santiago García comienza a trabajar con el grupo de la Universidad Nacional: Teatro Estudio. Y entonces Becket, y entonces Brecht y el distanciamiento, y entonces la creación de la Casa de la cultura, ahí en la calle 20 con carrera 13 para hacer *La persecución y asesinato de Jean-Paul Marat representada por el grupo teatral de la casa de salud mental de Charenton bajo la dirección del Marqués de Sade*, y entonces Soldados de Álvaro Cepeda Samudio, teatro colombiano, mucho teatro colombiano. Pero debe vivir de algo y aparece la radio: Todelar. Programas de humor, series y radionovelas: *Talidomida, la droga maldita*, con las voces más importantes de entonces:

Esther Sarmiento de Correa, Rosmira Chica, Fabio Camero, dirigida por Gaspar Ospina.

Consuelo tiene 20 años. Le da pena seguir pidiéndole a su papá “hasta para las medias” y comienza a trabajar en la agencia de publicidad Collman Prentiss and Varley: comerciales en vivo. Una cucharadita de Nescafé en la taza, agua caliente y ya está el tinto más delicioso. Lo hacía en el programa más importante de la televisión colombiana de entonces, *Yo y tú*. Su directora la convence: usted es actriz, yo le escribo un personaje: “Cuqui”. Consuelo acepta, pese a los prejuicios: la televisión es un género menor, dice. Pero se deja seducir. Y de ahí, a los viernes de comedia de Punch.

Es 1968. Consuelo tiene 23 años y su amigo Kepa Amuchastegui llega de estudiar teatro en Europa y con la complicidad del escultor Edgar Negret, amigo de Ellen Stewart, creador del teatro experimental La Mama en Nueva York, el off off broadway, deciden montar una “sucursal” en Bogotá. Junto a Kepa consiguen el local, carrera 13 con calle 48. Los padres

de los dos sirven de productores, patrocinadores y fiadores. No hay mucho público joven de teatro en Colombia y Consuelo y Kepa quieren cambiar eso. “Si nos van a venir 1.000 personas en dos meses, es mejor tenerlos cada quince días”, dijeron. Y comenzó la locura. Estrenos cada dos semanas, ensayo de tres y cuatro obras de manera simultánea, festival cada tres meses con las obras del periodo y Consuelo, Kepa, Paco Barrero, Germán Moure y Gustavo Mejía que trabajan como locos, que hacen reflectores con tarros de Saltinas Noel, pintados de negro, que adaptan las últimas obras del teatro contemporáneo, y ellos que sacaban de sus casas los elementos de ambientación y escenografía, y entonces Virgilio Piñera y Becket y el absurdo de Ionesco. Dos años que marcaron un nuevo teatro en el país, dos años en el que crearon un nuevo público, más joven... y la vida sólo está comenzando.

Son los setenta. Consuelo va por los treinta. Fernando Gómez Agudelo, un visionario, cambia la televisión del país. Se acaban las novelas tipo Corín Tellado y consigue a través de Carmen Balcells los derechos de grandes obras de autores latinoamericanos: Gabriel

García Márquez, Mario Benedetti, Mario Vargas Llosa, y entonces La tía Julia y el escribidor, Gracias por el fuego, La Tregua, Este domingo, de José Donoso. Consuelo siente que vale la pena. Y sigue dirigiendo jingles y comerciales —trabajó como publicista 20 años—, y en 1985, sabe que no puede seguir trabajando 18 horas diarias y se dedica sólo a la actuación, a las grandes novelas, las que no eran alargadas artificialmente, obras visualmente bien narradas, buenas historias. Hizo televisión en vivo cerca de 15 años y Julio Jiménez, a quien había conocido como actor en la Casa de la Cultura y que empezaba a escribir radionovelas en Radio Sutatenza, comienza a hacer telenovelas que la marcaron, a ella como actriz y a todo el país.

Son los ochenta, Consuelo va para los 50. Julio Jiménez se inventa personajes retorcidos en historias llenas de suspenso instalando los tiempos góticos de la novela colombiana. Consuelo es su actriz de cabecera. *Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha*, *Los cuervos*, *Lola calamidades*, *La viuda de blanco* y tantas obras llenas de unas “señoras rarísimas pero regias”.



Consuelo interpreta en los ochenta a la tía Cena de Caballo Viejo, Dolores Olmedo de *Los cuervos*, Magolita en *Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha*. Y el teatro que no acababa y la televisión sin apuntador, con profesionalismo, con amor, con entrega, y la defensa de los actores colombianos en la creación del sindicato Acto, y pelear para devolverles la dignidad y el reconocimiento legal. Y novelas, muchas novelas. Y teatro, mucho teatro.

Son los noventa. Consuelo tiene 60 y no para de trabajar. Vuelve a una de sus pasiones: los musicales. David Stivel la convence. Espectáculos de Broadway, *La jaula de las locas*, *La mujer del año*, *Chicago* y cantar y bailar tap y vivir el escenario como la niña que por primera vez se enamoró de él.

Llega el nuevo siglo, Consuelo sigue trabajando. Entra a la Academia Colombiana de Artes y Ciencias Cinematográficas que preside desde hace seis años. Ahora trabaja por el cine colombiano, por la visibilización de la academia.

Consuelo tiene 74 años. 60 años de vida artística. Los celebra con la primera de sus obras de teatro: *La casa de Bernarda Alba*. Ya no interpreta uno de los personajes que encarnó en 1963. Es la protagonista. Vuelve al Colón. Y los reconocimientos que no cesan, y el trabajo que no para. Son más de 50 producciones en la televisión sin contar las obras de teatro ¿100? ¿200? Una vida. Y la gente que la para en la calle, gracias por tanto, y ella que sonrío y sigue trabajando. La agenda al minuto. “Ayyy yo la recuerdo cuando usted hacía Cuqui” y ella que piensa, “qué memoria”. Ha recibido todas las ovaciones, todos los premios, pero no se detiene.

Consuelo tiene 74 años. Es imposible contar la historia del teatro y la televisión colombiana sin ella, es imposible hablar de la cultura colombiana sin mencionar su enorme trabajo. Consuelo Luzardo está en nuestro ADN cultural y cuando Consuelo ríe, ríe todo el país.





En el nombre del padre

Por Nelson Germán Sánchez Pérez – Gersan -

“**C**onsuelo Luzardo: qué actriz tan chirriada”, título de un perfil que hizo Guillermo Romero Salamanca, es el mejor titular sobre la impresión que deja Consuelo Luzardo al conocerla. Y la define a la perfección.

Ella es una mujer no solamente “chirriada”, sino pinchada o cuca; elegante sería lo preciso. Engalanada o altamente chic. Una actitud que heredó de su madre María de Jesús Montenegro, quien le enseñó que por nada del mundo una dama, y menos en aquel Bogotá de mediados del siglo xx, podía salir de casa sin estar divinamente, bien presentada. Las batas, pijamas o chanclas -pantufas por ser clima frío- estaban proscritas para la calle. No señor, nada de salir ni siquiera a la tienda o comprar las meriendas sin el debido atuendo público y su acicalada debida.

Su madre era un ama de casa consagrada, amorosa, pero mujer adelantada a la Colombia de entonces. Habla muy poco en público sobre ella, pues sus recuerdos están reservados para el altar de la memoria familiar, por ser del ámbito íntimo. Sin embargo, accedió a contarnos algo de ella, como por ejemplo que desde bastante joven fue una mujer con inquietudes especiales, los temas metafísicos, trascendentes, el cuidado del medio ambiente, formas diversas de espiritualidad y religiosidad le fascinaban y eran parte importante de su vida.

— Me acuerdo de que mamá decía a comienzos de este siglo, ya mayorcita: “hola qué cosa tan divertida, cuando yo en mi juventud, por allá en 1957 hablaba de yoga, vegetarianismo, gimnasia psicofísica, yo era la bruja de la familia. Y ahora que las sobrinas y nietas andan en eso, ahora sí estoy de

moda”. En un país tan católico, doble moral, hacer esas cosas de gimnasia psicofísica, irse a Perú al Cuzco a ponerse en contacto con el planeta en vez de celebrar el cumpleaños, pues como que no se veía bien. Ella hizo un recorrido espiritual importantísimo, incluso llegó a la Gran Fraternidad Universal. Pero siempre elegante— recuerda la actriz sobre su madre.

Al iniciar este escrito destacando la elegancia de Consuelo Luzardo, no es que vaya a escribir sobre la “moda Consuelo” o la “tendencia Luzardo”, sino sobre el hecho de que ella, tímida y siempre bien puestecita, toda una niña de casa y luego una dama glamurosa, se ganó a pulso y a punta de su trabajo y dedicación, de hacer las cosas con alma, cuerpo y corazón, el respeto y admiración de su padre como mujer y como actriz.

Amó inmensamente a su padre, Jorge Luzardo, quien, como todo hombre de aquella época, no vio con muy buenos ojos que su niña trabajara y no buscara mejor quedar bien casadita; y mucho menos le agradó que ingresara a ese mundo del teatro y las artes, dejando

atrás la tradición familiar de ingenieros, abogados y arquitectos, sin embargo, contó con su respaldo inicial para matricularse en la Escuela Nacional de Arte Dramático, más por el hecho de que, para su padre, las artes escénicas podrían ser el antídoto contra la timidez y el poco relacionamiento social que Consuelo mostró desde muy niña, pero lejos de imaginar que llegaría a convertirse en su modo de vida y su mundo.

Con solo 14 años inició sus estudios bajo la dirección de Víctor Mallarino Botero, un gran amigo de su padre, quien fundara en una pequeña sala del Teatro Colón esta escuela de teatro en la que nacerían grandes actores de la televisión y el teatro colombiano.

Durante algún tiempo su padre fue incrédulo, aunque igualmente respetuoso de su decisión. De alguna manera era a él a quien debía dirigir sus logros actorales, los resultados y el reconocimiento público obtenido. Claro, como todo padre, al ver a su hija feliz, no tuvo más remedio que regocijarse de ese estado de ánimo. El obtener después de muchos años de esfuerzo, sacrificio y disciplina ese reconocimiento paternal fue

sin duda uno de los mayores placeres y logros de esta consagrada actriz.

— Me tocó ganarme un poco como esa admiración, porque el cariño ya lo tenía, de ese papá magnífico, arquitecto exitoso, lector, escritor, inteligentísimo. Hacer que se sintiera orgulloso de su hija fue algo yo me gané. En esos tiempos el hijo varón era lo más importante para un padre. Que se sintiera orgulloso de mí fue algo muy significativo—, dice Consuelo en ese tono firme, dulzón, pero nostálgico.

Cuando lo menciona, cuando trae a tiempo presente sus recuerdos, las enseñanzas, consejos, el tiempo vivido en familia; el tono y la fuerza en su voz cambian. La mirada le brilla más, con sus manos hace el énfasis necesario sobre lo que significó su padre, aquel hombre del que logró ganarse el respeto. Lo hace de tal manera, de forma tan particular, como solo lo logra una maestra de las artes escénicas como ella.

Ocho veces lo mencionó, siendo necesario o no para el hilo conductor de la entrevista, pero siempre con

una buena excusa temática para enlazarlo con el tema comentado, como para dejar en claro que ese respeto y admiración ganadas son su mayor premio, ese que exhibe con más orgullo, el que saca desde adentro de su ser, porque no es tan visible como sí lo son muchos de los que tiene perfectamente alineados en orden cronológico en la biblioteca de su apartamento en el barrio La Macarena, en pleno centro de Bogotá. Allí, enmarcados en un gran ventanal que muestra una hermosa panorámica de la capital, tiene los de TVyNovelas, India Catalina, entre otros.

Además, Consuelo no oculta que ganar el respeto y la admiración de su padre es también una gran satisfacción personal, lograda gracias a que hace lo que más le gusta y que le ha permitido alcanzar la felicidad: ser actriz, dedicarse cien por ciento a las tablas, los escenarios, los sets de grabación, los libretos y a los retos que implica armar, darle credibilidad y características especiales a cada uno de los personajes que en la televisión, el cine o el teatro, ha asumido a su largo de sus 60 años de carrera profesional.



La admiración que demuestra Consuelo por su padre es tal, que no escatima esfuerzo para dejar un retrato claro de quién era: un hombre respetuoso, cumplido, trabajador, con visión de mundo, buen padre, cariñoso con sus hijas hasta donde lo permitía la sociedad y la cultura de la época. Era, sobre todo, un “cachacazo”, es decir, un hombre de buenas formas, lenguaje apropiado y fino humor.

Era tan cachaco que cuando iba para tierra caliente, donde amigos o a pasar temporadas vacacionales o de descanso, no faltaba su pinta de punta en blanco de la cabeza a los pies, como si fuera para las playas de Falassarma, Paraíso, Tulum o Praia Do Sancho. Le parecía tan curiosa y pintoresca la vida rural calentana que una vez lanzó este comentario: “cómo lo traen a uno donde la comida aún corre”, al referirse a las gallinas que deambulaban sueltas por los solares. Esas reminiscencias sobre su padre, Consuelo las acompaña con una risa franca, que no le hace perder la elegancia que la acompaña siempre.

La relación de Luzardo con su padre, que aparece permanentemente a lo largo de la entrevista, la lleva a los pasajes del libro *“El Olvido que Seremos”*, de Héctor Abad Faciolince, escrito en memoria de su padre Héctor Abad Gómez, cuando describe el amor por su padre así: “Yo amaba a mi padre con un amor animal”, confiesa. “Muchas personas se quejan de sus padres... yo creo, incluso, que tuve demasiado padre. Era, y en parte sigue siendo, una presencia constante en mi vida”.

Cuando Consuelo Luzardo habla de su padre, o mejor, de sus padres, toda la sala de su casa se llena de un aura de satisfacción. Ella es parte del ADN de la televisión de Colombia desde su nacimiento hasta hoy, es palabra viva, viva palabra, oralidad profunda de las artes y la televisión de nuestro país. En algún lugar, bajo otro cielo, desde otras vidas, sus padres la observan, seguramente sonríen y también están profundamente orgullosos.

De premios y memorias

Por Sara Pacheco

En una habitación con una panorámica envidiable y no sé cuántos libros puestos en estantes, reposan la mayoría de los premios que Consuelo Luzardo ha ganado a lo largo de su labor como actriz. Todos puestos en orden, perfecta y armoniosamente ubicados.

En los años 80, Consuelo recibió el galardón por parte de la Casa Editorial El Tiempo, como la mejor actriz de la década. Después de 60 años de vida artística, entre muchos otros premios y nominaciones, Consuelo sigue trabajando con la vitalidad y la sonrisa que porta desde el primer día, afirmando que “mientras pueda caminar y memorizar espero que me sigan dando papeles, pues no conozco algo en la vida que me produzca tal emoción que actuar... no me puedo imaginar haciendo otra cosa”.

En noviembre del año anterior, se le otorgó a la actriz el premio “Momentos” a toda una vida, de la revista

homónima, por todo su bagaje artístico y profesional tras muchos años en teatro, cine y televisión. Durante su largo proceso profesional, que aún no termina, ha sido merecedora de distinciones, premios, nominaciones y homenajes, como las letras llenas de admiración y respeto que hoy se condensan en el presente libro.

“Cuqui”, “La tía Cena”, “Dolores Olmedo” y “Mago-la de Granados”, son algunos de los personajes que ha encarnado la actriz que lleva dedicando la mayor parte de su vida a este oficio. En el año 1988 ganó un India Catalina a mejor actriz por su personaje de Cena Martínez, una amargada y veterana mujer que estaba postrada en una cama y leía el oráculo y el tarot, en la novela *Caballo viejo*, una de las historias que aún vive en los recuerdos de cientos de colombianos que, de lunes a viernes se deleitaron con el romance que un adinerado hombre cincuentón, don Epifanio del Cristo Martínez, siente por su sobrina Nora Márquez. Esta

novela dirigida por David Stivel y con guion adaptado por Bernardo Romero Pereiro, ganó premios internacionales, y el rol de la divertida Tía Cena, fue visto y aplaudido hasta en la República Popular de China.

Los personajes interpretados desde el alma y la piel de Consuelo Luzardo nunca pasaron desapercibidos. No había forma. En 1990 nuevamente recibió el premio India Catalina a mejor actriz principal por su participación en la telenovela *¿Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha?* En esta producción emitida entre 1989 y 1991, protagonizó a Magola de Granados, una mujer que entra a trabajar a un restaurante donde su hija laboraba, buscando encontrar la verdad sobre su misteriosa desaparición. La novela fue dirigida por Darío Vargas y por el hermano de Consuelo, Julio Luzardo.

Esta afamada actriz también ha sido nominada en cuatro ocasiones a los premios TvyNovelas, y ganó dos de estos galardones. De las siete veces nominada a los India Catalina, cuenta con cuatro estatuillas. A los Premios Macondo fue nominada en 2012 como

mejor actriz de reparto por su papel en la película Mamá tomate la sopa, una comedia en la que interpretó el personaje de una mamá sobreprotectora.

El teatro ha sido la gran pasión de Consuelo desde que descubrió a sus 14 años que este maravilloso arte escénico sería su verdadera felicidad. Al teatro ha dedicado toda su vida y en algunos festivales, logró llevarse distinciones como el primer premio actriz de carácter por Doña Rosita la Soltera y el primer premio actriz de reparto por *Asesinato de Jean-Paul Marat representada por los locos del asilo de Charenton bajo la dirección del Marqués de Sade*.

Como si fuera poco una vida, Consuelo no ha vivido sólo la suya, sino la de todas las mujeres que encarnó en su profesión. Son aproximadamente 50 personajes para series y telenovelas, cinco participaciones en cine, apariciones en radionovelas y un sinnúmero de interpretaciones teatrales desde que pisó por primera vez las tablas con la obra *“La dama del alba”* de Alejandro Casona y *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca.



**PREMIO NACIONAL DE TELEVISION
"SIMON BOLIVAR"**

RECONOCIMIENTO A:

**CONSUELO LUZARDO
MEJOR ACTRIZ PROTAGONISTA**

Bogotá, D.E. Noviembre 25 de 1988

Presidente de Seguros Bolívar

Presidente del Jurado

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL



TEATRO COLON

II FESTIVAL DE TEATRO COLOMBIANO

PREMIO *La Mejor Actriz de Reparto*

Otorgado a:

Consuelo Luzardo

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

TEATRO COLON

Directora

JUNTA ORGANIZADORA

Bogotá, D. E. diciembre de 1966



Dos premios Gamma en 1989 y 1990 como mejor actriz de televisión, reconocimiento como mejor actriz de reparto en el Festival de novelas y dramatizados, Honor al Mérito Artístico otorgado por la Alcaldía de Bogotá, Glorias de la Televisión y un Nogal de oro a su trayectoria artística. Es evidente que su experiencia ha sido bastante significativa y la ha consolidado como símbolo de la televisión colombiana.

Ha tenido más de 16 reconocimientos que seguramente terminan siendo pocos para tan ardua labor a la que Consuelo dedicó frías madrugadas, tardes acaloradas, noches en vela aprendiendo libretos, días enteros que parecían nunca acabar, acompañados de incómodos vestuarios; toda una preparación extenuante, pero con

la certeza de que, quien hace lo que quiere, recorre el camino de la libertad, pero quien ama lo que hace, transita por el sendero de la felicidad.

Uno podría preguntarse entonces, si con 74 años, tantos premios y homenajes en la vida y después de haber hecho tantas cosas, haya algún personaje que le falte por construir o haya roles específicos que constituyen un saldo en rojo en su vida, pero ella afirma que no guarda listas de faltas o ausencias, que no maneja su inventario de esta manera. Esta elegante dama de las tablas prefiere agradecer las oportunidades que le ha dado la vida y continúa con la disposición de seguir trabajando, mientras haya ojos prestos y oídos atentos a sus personajes e historias.

Por ese turbulento y a veces calmado río en cuyas aguas nadie se baña dos veces, navega Consuelo, junto a muchos de sus personajes que se niegan a naufragar en los abismos del tiempo, como susurrando al aire que todavía faltan más premios, que aún hay tiempo para más homenajes, tal vez más cine, más teatro, más personajes, tal vez más de todo eso que ha construido su felicidad. Son tantos los libretos, los guiones llenos de enmendaduras, las anotaciones al borde de una hoja, que ya Consuelo confiesa no saber hasta que punto ha actuado para sí misma o para el resto del mundo, pero, reafirma que se debe enteramente a su público y ha ejercido este oficio por puro amor al arte.

Nunca se ha negado al esfuerzo y la dedicación que su oficio demanda. Todos sus premios sólo han sido reconocimiento a dar sin medida y a combatir esa niña tímida que aún habita dentro de sí. Mientras las indias doradas, las placas y los galardones plateados de Consuelo permanecen firmes y en hilera en una de las repisas de su gran biblioteca, la actriz declara que no aspira a grandes reconocimientos para cuando ya no esté, sólo a recuerdos simples, que sus

sobrinos digan que su tía es la mejor que pudieron tener, o que cualquier ciudadano peregrino del tiempo, recuerde alguno de sus personajes, las Magolas, las Cenas, o las Dolores Olmedos, como quién sabe que la mejor recompensa de la vida es quedarse a vivir para siempre en la memoria de los colombianos.



Consuelo Luzardo

de niña tímida a
publicista y actriz

Varias facetas de la carrera de Consuelo Luzardo desde su época de actriz de teatro de tablas hasta su consagración actual, pasando por "Cuqui", su personaje estrella de "Yo y Tú" y hasta por sus incursiones ocasionales en el automovilismo.



Consuelo Luzardo Actriz, sí. Publicista, también

Por Daniela González Cifuentes

En un pedacito del centro de Bogotá, en el que aún se conservan la historia y las tradiciones de la ciudad, se encuentra la mujer que ha inscrito su nombre en la historia de la televisión y el teatro colombiano. Rodeada de libros, retratos, premios, reconocimientos y una colección de antiguos instrumentos musicales de cobre, Consuelo Luzardo, después de 60 años de trayectoria, sigue trabajando con la misma resolución que siempre le ha caracterizado.

Ha hecho teatro, cine, radionovelas y hasta musicales, sin embargo, buena parte de su reconocimiento se atribuye a los más de cincuenta personajes que ha interpretado para la “pantalla chica”, esa que la recibió con sets muy pequeños y cámaras Dumont gigantescas, esa que era en vivo y dejó consigo un sinfín de anécdotas.

Desde que pisó por primera vez un escenario, en el Teatro Colón, Consuelo Luzardo ha sido una apasio-

nada por la actuación. “Esto sí es felicidad”, recuerda con exactitud sus palabras. La carrera actoral era la más hermosa del mundo, pero no le brindaba la suficiente tranquilidad económica. Quizás por orgullo, por vanidad o por el espíritu trabajador que siempre la ha caracterizado, ella no podía permitirse seguir dependiendo económicamente de su padre a sus 20 años. “Toda la vida pidiéndole al papá hasta para las medias, eso da vergüenza”, dice con gracia, así que, a mediados de los sesenta, Consuelo incursiona en otra forma de hacer arte: la publicidad.

En sus inicios, la televisión en Colombia era un servicio prestado directamente por el Estado, el cual buscaba brindar una herramienta para la divulgación cultural y la educación popular que no implicara un lucro económico. Por lo tanto, en términos culturales, lo comercial era entendido como un contrario a los objetivos e intereses estatales. No obstante, al cabo de

un año, el gobierno no podía seguir financiando al medio por sí solo, por lo que permitió el patrocinio por parte de algunas firmas comerciales e industriales; eso sí, dejando muy en claro que no renunciaba al control de la Televisora Nacional.

La dinámica comenzó con el arriendo de un espacio y la producción de un programa por parte de aquellas empresas interesadas en que su nombre apareciera al principio y al final de cada emisión. De esta manera, se crearon espacios en los que se articulaban la publicidad de productos y la presentación de programas musicales, concursos, programas de interés cultural o de carácter comercial.

Pronto, esta estrategia comercial se vio impedida por la fuerte censura de la época. Sin embargo, después de un tiempo, el Estado finalmente delegó la comercialización de espacios y la venta de patrocinios de los programas a la empresa de Televisión Comercial (TVC). A partir de ahí, comienza una nueva etapa en el mundo publicitario, dichos espacios fueron arrendados directamente a las agencias de publicidad para

que fueran ellas quienes realizaran las producciones de sus clientes. Consuelo Luzardo trabajaría durante 20 años en el nuevo mundo de la publicidad, ya fuera realizando piezas audiovisuales, musicalizando comerciales o haciendo doblajes... “¡Adoré esa época!”, dice con emoción.

Esa época de la publicidad inició en 1965, cuando el teatro y la radio llenaban sus días, un amigo suyo, también un hombre de la radio, la invitó a que hiciera parte de una agencia de publicidad. Era una filial de la empresa inglesa CPB. Inició haciendo comerciales de televisión en vivo. Para ese entonces estos se asemejaban más a una cuña radial, ya que consistían en que un personaje leyera el texto que tenía que decir en el set y mostrara el producto, y tal vez su funcionamiento ante la cámara. Consuelo recuerda perfectamente su primer comercial y las líneas que debía decir. Endereza su postura, cambia la posición de sus manos, lanza una mirada seria y con una voz impostada y un poco gruesa dice “una cucharadita de Nescafé en la taza, agua caliente encima y ya está el tinto más delicioso”. El comercial lo hacía en vivo en el set de “Yo

y *Tú*”, la histórica comedia colombiana. Su directora, Alicia del Carpio, vio su talento y creó el personaje de Cuqui para ella. A partir de ese momento, Consuelo se convertiría en una de las actrices más queridas de la televisión colombiana,

Cuando empezó a ser parte del elenco del programa no podía seguir como presentadora del famoso café instantáneo, pero eso no fue un impedimento para continuar trabajando y especializándose en el mundo de la publicidad. Todo lo contrario. Consuelo siempre ha sido adicta al trabajo, así que laboraba en dos lugares: la agencia CPB y la agencia Época; al mismo tiempo que se desempeñaba como directora de producción de Lambda-Omega, la compañía creada por su hermano, Julio Luzardo.

Cuando Luzardo estuvo del otro lado de la cámara, dirigió cientos de comerciales. Corría por la ciudad consiguiendo actores, vestuario, locaciones y cualquier otro recurso necesario para su producción. Contratar actores para los comerciales nunca fue una tarea difícil para ella. El medio teatral y televisivo en



Consuelo Luzardo -mire qué pinta (y qué novio) - es una de las nominadas. Por su trabajo como "Cuqui" en Yo y Tu. A su lado, Carlos Muñoz, salvado por su gran trabajo en "Guayaño Negro" (...mmm... qué fiestecita la de anoche... Mónica... Mónica...)

el que se desenvolvía a la perfección le permitía conocerlos a todos, y como era un medio pequeño, todos eran amigos de todos. Tanto así que compartió sets de grabación con grandes personajes como Gloria Valencia de Castaño, Fernando González Pacheco, Otto Greiffenstein, Carlos “El Gordo” Benjumea, Pepe Sánchez, entre otros.

Los comerciales en vivo eran todo un reto. Consuelo recuerda a Gloria Valencia de Castaño haciendo un comercial de un jarabe para la tos, atorada luego de tomarse una cucharada o a Otto Greiffenstein haciendo añicos una maleta Samsonite por saltarle encima en plena transmisión. Mientras rememora esas pequeñas historias suelta una que otra sonrisa, incluso ríe. Continúa su relato como si hubiera sido algo que ocurrió ayer y dice: “así eran los dramatizados. Fue una época intensa, pero el que no aprendió ahí, no aprendió jamás”.

Y Consuelo Luzardo parece ser una mujer que nunca ha querido ni ha dejado de aprender ni de trabajar. A los 10 años de haber estado en tres agencias publicitarias al



mismo tiempo, se hizo socia de otras agencias, una de ellas CPR Publicidad. Allí, además de comerciales, realizó lanzamientos de productos, eventos, convenciones, documentales, e incluso se desempeñó como ejecutiva de cuenta de los clientes oficiales. Aunque su fuerte siempre fue la producción de piezas audiovisuales, era creativa y trataba de innovar en la manera en que eran mostrados los productos. Por este trabajo ganó varios reconocimientos, algunos premios India Catalina y un premio APE al mejor comercial de televisión en 1976.

Una vez socia de la agencia de publicidad, toma la dirección del departamento de radio y televisión, y paralelamente continúa con su carrera de actriz. Cada día se esforzaba más por cumplir el minuto a minuto de su apretada agenda. Trabajaba alrededor de 18 horas diarias, así que no le quedaba tiempo para su gran amor, el teatro. No le quedó más opción que alejarse de este. Lo hizo por unos cuatro o cinco años, el tiempo más largo de su vida sin pisar las tablas.

Cuando Kepa Amuchastegui, otro de los socios de la agencia y amante del teatro, volvió a las tablas, hablaron y decidieron montar una de sus obras favoritas

con ánimo de demostrar la falta que les hacía estar sobre un escenario. Consuelo volvió a ese mismo espacio en el que años atrás había reafirmado su deseo de actuar por el resto de su vida: El Teatro Colón nuevamente era testigo de aquel amor, esta vez bajo la obra del dramaturgo Tom Stoppard: *“Rosencrantz y Guildenstern han muerto”*.

Después de 20 años de trabajar del otro lado de la cámara, exactamente en 1985, decide dejar la publicidad a un lado. Los años habían pasado y ya no era tan fácil trabajar 18 horas diarias y alejarse de aquello que la motivaba y la hacía feliz. Disfrutaba de la publicidad, pero por sus venas corría (hasta el día de hoy) el amor por la actuación, por el teatro y por el arte.

Hoy, a sus 74 años y con 60 años de carrera artística, recuerda con alegría sus días de publicista, ese bello oficio que también amó, y dejó porque, para Consuelo Luzardo, “el teatro es una necesidad del alma”.



Los maravillosos años sesenta

Por Martín Leonardo Espitia

1 959. Consuelo Luzardo debuta en su carrera teatral en el papel como una de las criadas en la obra de García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*. Sus ojos se posaron sobre la silletería roja del Teatro Colón, los setenta y cinco palcos en los tres niveles, el palco presidencial justo en el centro y dos musas sosteniendo el primer nivel, debajo del palco del cóndor, cerca de la puerta de salida. Consuelo estaba ahí, encima del escenario de 18 por 18 metros. Todos le ven en el proscenio con las luces encendidas. Era tan solo una niña y por entonces se perdía tardes enteras entre los cinco pianos del Teatro Colón, viviendo cada día las artes escénicas, aprendiendo de los mejores en la sala El palomar (así le llamaban porque siempre había palomas), un salón con pequeñas ventanas en lo que hoy se conoce como la sala Mallarino y que por entonces servía de espacio a la Escuela Nacional de Arte Dramático.

En el año de su debut el mundo estaba agitado. Batista se había ido de Cuba y empezaba la transición a los años sesenta, Rusia enviaba su primer artefacto a la luna, Cantinflas, el rey de la gracia, visitaba Bogotá y la Guerra Fría marcaba la política mundial. Consuelo caminaba por las calles del barrio La Candelaria, empedradas con las entrañas de los ríos San Francisco, San Agustín y algunas quebradas de la antigua Bogotá, rumbo a ese lugar que definió su destino.

2019. Una de las actrices más importantes en la historia colombiana está en su apartamento. Cuadros con figuras asiáticas, instrumentos antiguos colgados de la pared, muebles blancos y una ventana que de extremo a extremo permite una panorámica de la ciudad como un boceto en el cual las nubes e iluminación van cambiando; el centro estaba frente a mí. Consuelo tiene un saco de lana y un broche de trompeta dorado en

la lengüeta derecha de su saco. Dice en ese momento frente a la cámara, con naturalidad, mientras sus ojos grandes y expresivos se ven iluminados.

— La primera vez que me subí a un escenario a hacer un ejercicio, sentí un golpe emocional tan hermoso y contundente. Me di cuenta de que iba a hacer esto toda mi vida.

Consuelo había encontrado la virtud de su alma, la felicidad.

Mientras caminábamos hacia el ascensor, a la salida de su departamento, decidí preguntarle sobre las mujeres en el teatro en esa época tan difícil. Tomé un poco de aire. Estaba nervioso, aunque la sensación que está presente cuando se está cerca de Consuelo es acogedora, bastante suave.

— ¿Consuelo, qué fue ser niña e incursionar en el teatro, siendo algo tan mal visto?

— A mí en lo personal no me importaba nada de lo que las demás personas pensaban. Por ahí en mi familia escuchaba que mis primos decían ¿teatro?



¿cómo así? Pero a mí no me importó, yo estaba concentrada en mi felicidad.

En ese momento pude comprobar que Consuelo Luzardo estaba arraigada a sus ideales desde la primera vez que sus pequeños pies tocaron el suelo del Teatro Colón. Mueve las manos lentamente y parece recordar ese año de 1959.

— El director de la escuela hace un montaje fuerte que es *La casa de Bernarda Alba*, participaron alumnas y exalumnas, con teatro lleno.

Una nube pasa por encima de la habitación y cubre la mitad de la ciudad que por un instante queda a oscuras; solo una iglesia y algunos edificios se ven iluminados por el sol. Vi los ojos claros de Consuelo.

— Incluso el presidente Alberto Lleras Camargo fue a esa función. El palco presidencial estaba lleno. Esas fueron las primeras funciones pagas: 150 pesos. Papá quería enmarcarlos, yo le dije que no, que me quería comprar alguna cosa bonita— dice mientras sonrío.





Al escucharla, es fácil imaginar el teatro lleno, los asistentes elegantes y con sombrero (por entonces aún no los habían prohibido en el teatro, lo harían un año más tarde). Los sesenta venían con la histeria del Rock and Roll y la explosión de una gran contra cultura, aunque Luzardo se inclinaba un poco más por el jazz. No había mucho teatro escrito en Colombia y tenían que traducir las obras reconocidas mundialmente.

En esa década llega su hermano Julio, esperanzado con el cine, había estudiado en la UCLA. Decide filmar la adaptación de un cuento corto de Manuel Mejía Vallejo, *Tiempo de sequía*, que había escrito en sus clases de guion en Estados Unidos. Determina que su hermana tendría el rol de script, la pone a estudiar de manera intensa por varios meses. Fue la década en la que la nueva ola francesa y el neorrealismo italiano del cine se instalaban con fuerza en Colombia. Consuelo se ponía los tacones de su mamá y agarraba a su hermano del brazo para llevarlo a las funciones del teatro Coliseo, en la carrera séptima con calle 30, donde las funciones eran para mayores de 18 e incluso 21 años. También iban al Olympia que traía mucho cine



italiano. Los sábados y domingos eran siempre ocupados para los hermanos, ya que los cineclubes eran bastantes. Inclusive ocho sesiones los domingos.

Consuelo participó en la creación de la Casa de la Cultura junto a sus amigos Santiago García, Carlos José Reyes y algunos pintores como Juan Manuel Lugo. Deciden crear un sitio en un pequeño local en la calle 20 con carrera 13, donde hicieron montajes como *La persecución y Asesinato de Jean-Paul Marat representada por los locos del asilo de Charenton bajo la dirección del Marqués de Sade*. En materia de teatro colombiano, Carlos José Reyes montó la primera función de La Casa de la Cultura llamada *Los soldados* de Álvaro Cepeda Samudio.

En la radio también estuvo inmersa esta histórica mujer, al salir de la Escuela Nacional de Arte Dramático. En un principio inicia con programas de humor, ya en el 64 hace radio novelas como *Talidomida, la droga maldita* en la que trabajó con Gaspar Ospina.

— En la radio como en los libros, las imágenes están en la mente; pueden ser muy poderosas, las





imágenes las pone uno en la cabeza. Adoré esa época de la radio— dice Luzardo.

Actuó por primera vez en la pantalla chica como la rosquilla en un programa de comedia. Luego, como la Cuqui, en *Yo y tú*, novela que duró poco más de dos décadas. En ese entonces, la televisión era emitida en directo, se hacía teleteatro. Esto era un gran riesgo, ya que equivocarse en un diálogo podría ser fatal. Se presentaban grandes obras de la literatura, incluidas las tragedias de Sófocles y Esquilo.

— Es que los sesenta es una época absolutamente maravillosa donde había una necesidad de expresión y donde una cantidad de gente talentosísima, que no estaba dispuesta a quedarse oculta y callada, quería que las demás personas supieran lo que estaban haciendo. Había empezado un teatro moderno colombiano. Aunque fuera tan difícil hacer cine, por el costo, se intentaba. Estaban las ganas de hacer algo bien.



Mientras caminaba de regreso al hotel en La Candelaria, siguiendo quizás los mismos pasos de esta aclamada y elocuente actriz, comprendí que el rostro de Luzardo es la vívida imagen de la televisión en Colombia, de la telenovela, del cine. Mis abuelas se criaron viéndola en la pantalla chica, escuchándola en la radio. Una parte de Consuelo ha estado impregnada en el pensamiento de muchísimos colombianos. Su voz, su risa, su carisma han pasado desde el teleteatro, hasta la actualidad con el streaming.

Hoy, 60 años después de la primera actuación importante de Consuelo Luzardo en el Teatro Colón, cuando iniciaban los maravillosos 60, vuelve a interpretar un papel en la obra *Las mujeres*, de García Lorca. Volvió a su hogar, donde fue formada, donde los primeros rituales de actuación surgieron, donde la tímida niña trasgredió su época, su familia. En su baúl de rostros tiene más de mil caras, personajes, sueños, gracias a décadas de trabajo actoral. Ya no es la actriz primeriza. Ya no interpreta a la criada. La célebre, reconocida y

querida actriz, hito del teatro y la televisión colombiana, fue esta vez la protagonista, Bernarda Alba, la madre que cuida la virginidad de sus hijas, con fuertes rasgos conservadores, con todos sus conceptos arcaicos morales: cancerbero protector. Los querubines la acompañan una vez más. Céfitro, el dios del viento del oeste, también. Hay esta vez una quimera más en el Teatro Colón, la quimera de Consuelo Luzardo que, tras décadas, ha cambiado su rostro y su voz en el ritual ancestral de la actuación.

Los años han pasado, el teatro Colón esta agrietado en varias de sus paredes por el paso del tiempo; el rostro de Consuelo Luzardo, impasible observa el paso del tiempo. Ahí viene la quimera, ahí viene cambiando la mueca. ¡Ahí viene Bernarda Alba!



La década de los 90 y la nueva telenovela nacional

Por Juan Sebastián Rodríguez Cubillos

Un frío despiadado azota el concreto, la avenida, el afán de los transeúntes, el reloj que marca las 8 de la mañana. Mientras apurados buscábamos el lugar del encuentro, un taxista de los muchos despistados que hay en la ciudad, nos dejó en el sitio equivocado, aunque no tan lejos.

Llegamos luego de caminar por un par de puentes enormes que conectaban los andenes fuera del peligro de las autopistas. Doce, tal vez trece pisos nos separaban de nuestro destino. Al subir, en un ascensor brillante de acabados metálicos, un apartamento pequeño y muy elegante, un olor a café. Los ojos brillantes y la enorme sonrisa de Consuelo Luzardo nos dieron la bienvenida. Los cabellos cortos tinturados de rubio dejaban escapar una que otra cana que le dan cierta clase. De rasgos delicados, una nariz delgada, pequeña, sincronizada con su boca, revelaba sus dientes

de vez en cuando. Con sus piernas cruzadas y unas manos finas, livianas y un poco gastadas que se movían acorde a sus recuerdos y experiencias, habla. Habla con nosotros, pero no solo eso, aun cuando se refiere a sí misma como una persona callada o tímida, es muy evidente la lucidez y la elocuencia con la que nos comparte algunos momentos de su vida y de su carrera.

Consuelo Luzardo, es una de las mujeres más importantes de la historia de la televisión colombiana, pero también de la cultura, el arte y hasta la academia. Esta cachaca, a sus 74 años, recuerda de manera muy clara anécdotas que le formaron profesionalmente, y que también forman parte de la evolución de uno de los medios de comunicación más importantes para el país. Sus aportes a las artes escénicas y sus derivados la consagran como una de las pioneras en ejercer el oficio de la actuación y el espectáculo.

Pasada la década de los 80, con producciones bastante elaboradas en el campo televisivo, por su guion y realización, tras haber adaptado grandes obras de la literatura latinoamericana, Vargas Llosa, Benedetti, José Damasco, el medio llegó a un punto en que se dignificó sentando las bases de la nueva telenovela nacional.

Aunque en sus años más jóvenes Consuelo cargó cierto prejuicio con la televisión —decía no agradarle mucho—, para los 90 ya era un referente importante del oficio y protagonista de uno de los productos más exitosos en su época, las novelas: más del 85% de las personas en Colombia consumía telenovelas como principal fuente de entretenimiento.

Consuelo comenzó a ser parte de la vida diaria de los colombianos que imitaban, hablaban, se vestían y hasta bautizaban a sus hijos de acuerdo con sus dramas o personajes favoritos. La década transcurría y se transformaba, como se transformaba la ciudad, como se transformaban a su vez las personas.

Las corrientes de un nuevo milenio trajeron consigo una promesa de cambio y factores definitivos para la

historia del país: La Constituyente de los noventa, procesos de paz, la disolución del M-19, la instalación de la telefonía móvil y una revolución cultural de sincretismo llegaría a las calles de la capital; MTV promocionaría nuevos estilos de vida, nuevos modelos de consumo y dinámicas de mercado, mientras el Chorro de Quevedo aún conservaba sus calles empedradas, y a su fuente, como anacrónica testigo, llegaban cada vez más formas nuevas de arte que recorrían los caminos ancestrales de la chicha, los mismos que alguna vez, en décadas pasadas, pisó Consuelo.

El medio de la televisión y su gremio, pasaron también por sus cambios propios. Eran los tiempos de las historias profundas que sorprendieron y conmovieron a muchos espectadores, las que llevaron al auge las producciones colombianas e internacionalizó nuestros dramatizados. Por esas épocas se desató una crisis en cuanto a sus horas de programación: mientras en países como México, la programación superaba los dos millones de horas, en Colombia apenas llegaba a las cien mil. La industria no tenía el suficiente material para competir con producciones que incluían en su franja más tiempo al aire y por las que obviamente se pagaba más.

ELENCO DE 'YO Y TU', 20 AÑOS EN LA T.V. COLOMBIANA.

colección
antena 15



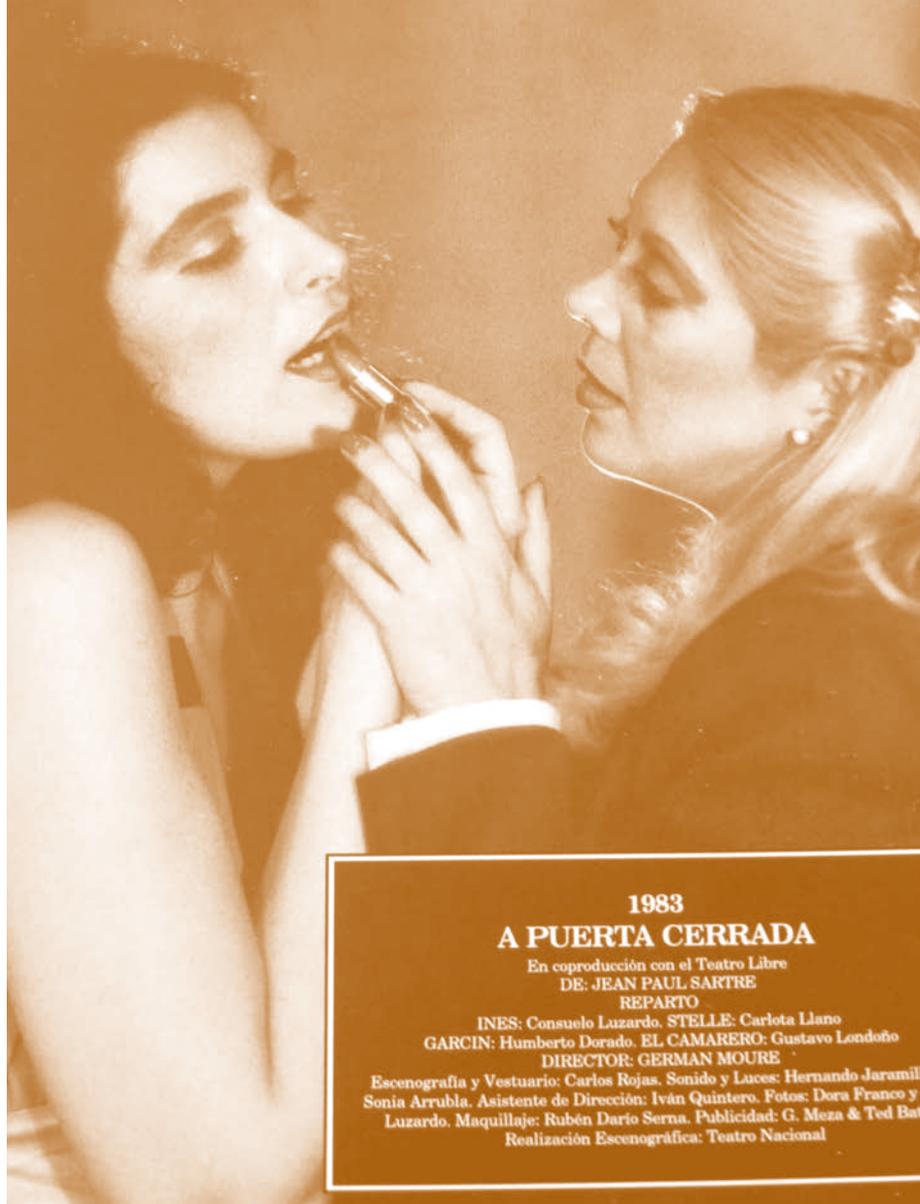
El afán de la economía del país hizo que las novelas clásicas que interpretó esta mujer buscaran ahora otros aires más comerciales, más acomodado a las dinámicas del mercado internacional, más a la competencia que a las historias sin presión y auténticas en las que participó en RTI. Los actores pasaron entonces de contribuir y enriquecer las historias, a simplemente seguir los guiones, aun sin disfrutar de ello.

— Me parecían ridículas las novelas venezolanas, en las que sus protagonistas y sus historias daban muchas vueltas para alargar la trama, es truculento, eso no permite que se cuenten bien las historias— dice Consuelo.

Al ritmo que la ciudad crecía desbordante y caótica, como el rock gringo que llegaba a los oídos de los noventeros, surgió la necesidad de la asociación. Consuelo, con un pequeño grupo de actores, decide formar un sindicato y presentarse en el senado para discutir con la Constituyente, la Ley de televisión. Se hicieron expertos en diferentes debates y consultaron varios senadores para construir una definición de producción nacional, y además generar garantías para el gremio.

Conoció el poder de penetración política que tuvo la televisión en estos tiempos y participó políticamente por los intereses olvidados de su colectivo.

La entrega le valió el reconocimiento de la mujer del año en 1991. Su trabajo no sólo ha sido en los escenarios, detrás de ellos ha impulsado la dignificación de una industria y de una profesión. Hoy es la presidenta de la Academia Colombiana de Artes y Ciencias Cinematográficas, aunque ella se sigue viendo como esa niña tímida de 14 años, que goza del baile, adora la música clásica, el bossa-nova y el jazz, la misma que la primera vez que subió a un escenario sintió un golpe emocional contundente y hermoso, lo que motivó su promesa de seguir haciendo eso por el resto de su vida, y que aún hoy, luego de 60 años sigue manteniéndola, como una necesidad de su alma.



1983

A PUERTA CERRADA

En coproducción con el Teatro Libre
DE: JEAN PAUL SARTRE

REPARTO

INES: Consuelo Luzardo. STELLE: Carlota Llano

GARCIN: Humberto Dorado. EL CAMARERO: Gustavo Londoño

DIRECTOR: GERMAN MOURE

Escenografía y Vestuario: Carlos Rojas. Sonido y Luces: Hernando Jaramil
Sonia Arrubla. Asistente de Dirección: Iván Quintero. Fotos: Dora Franco y
Luzardo. Maquillaje: Rubén Darío Serna. Publicidad: G. Meza & Ted Bat
Realización Escenográfica: Teatro Nacional



Soy tímida

Por César Augusto Gutiérrez Lozano

Consuelo Luzardo sonrío porque aprendió a cargar con su mayor miedo y a convertirlo en una fortaleza. Consuelo es tímida. La palabra la describe desde lo mínimo, desde el detalle, desde el orden, desde un espacio que poca gente conoce. En el centro de Bogotá, procedente de familia liberal, nació cerca al parque de la Independencia, pese a esto, nunca dejó de lado el temor que le dan los conglomerados de gente, las reuniones familiares o las entrevistas con muchas personas al frente. Pese a todo, hoy enfrentó también esta entrevista.

La fría Bogotá se pierde cuando se ingresa al apartamento donde reside la mujer que carga consigo la historia de la actuación en Colombia. A primera vista, nos encontramos una pared llena de antiguos instrumentos de viento colgados en perfecto orden. Un friscorno barítono, una trompeta, algunas cornetas y

pedazos ya olvidados de lo que parecían cornos franceses y tubas que alguna vez tocaron músicos y artistas en diferentes regiones del país y del mundo, frente a grandes escenarios o en pequeñas cantinas y bares.

Consuelo está sentada en la mitad de un sofá blanco. Viste una chaqueta café y un suéter beige que combina con su pantalón leñador de paño y sus zapatos de charol, también cafés. La decoración en su casa está perfectamente acomodada. Los cuadros se alinean entre ellos, todo parece puesto en un trabajo minucioso. Sobre un armario viejo, pero retocado para parecer una reliquia, un tocadiscos antiguo.

— En mi casa siempre se escuché buena música, gustó mucho el cine, el buen cine. —dice Consuelo mientras sus ojos recorren uno a uno los jóvenes que, sentados en su alfombra, le atienden.

Absurdo. Absurdo podría parecer que Consuelo, la mujer que interpretó tantos papeles en obras de teatro y novelas de diferentes autores y directores, como a Cuqui en *Yo y tú*, a Dolores Olmedo en *Los Cuervos*, Magola de Granados en *¿Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha?* entre muchos otros, sea una mujer que se esconde de las multitudes. La niña de 13 años que entró a estudiar teatro en la Escuela Nacional de Arte Dramático aún vive dentro de ella, y convive y aprende lo que más le gusta; actuar.

Como si de una charla de viejos amigos se tratara, Consuelo habla sin parar. Sus ojos se posan firmes en la cámara y de vez en cuando se pasean por el rostro de algún ansioso que trata de encontrar en sus palabras una historia única, que nunca haya revelado la actriz a ninguna otra persona. Pero es imposible. A Consuelo, todo escritor le ha querido encontrar una faceta de su vida que nadie más sabía. Es tanto lo que ha dicho, que ya es poco lo que no se sabe. Aunque es evidente que hay cosas de las que siente que es innecesario hablar.

Vive tranquila en la soledad de su apartamento en el barrio La Macarena, en el centro de Bogotá. En cada

rincón de su apartamento y sobre cada mesa hay un cuadro, una foto vieja, un recuerdo de algún lugar visitado, o regalos de las tantas personas que han pasado por su vida. Tiene una bitácora con su vida y obra hecha con sus propias manos, toca cargarla entre dos personas por el tamaño y el peso que hay en sus páginas.

— Ya no sé dónde colocar más cosas, ahora todas las guardo en carpetas y fue ahora cuando ustedes me las hicieron sacar.

El sol entra suave por las ventanas. Las persianas están a medio cerrar para que la luz no afecte la imagen en los equipos de grabación. De vez en cuando el chillido de los zapatos contra el piso de madera encerado y sumamente limpio distrae la atención. Por momentos es la voz de la historia del teatro en Colombia la que solo se escucha en el lugar. Parece el típico retrato de los noventa, cuando la abuela se sentaba a contar historias cerca a la chimenea, mientras los niños escuchaban atentamente. Casi sin respirar. Como si estuvieran en frente de algo sagrado.





Pregunta tras respuesta la mañana avanza, el chillido de los zapatos se escucha más a menudo. Consuelo sonríe recordando las etapas de su vida donde realizó mil y una actividades en cine, radio, teatro, televisión, entre otros.

— Deberíamos parar un momento para tomar un café— dice Carlos Pardo, profesor encargado de llevar la entrevista, la conversación más fluida. El docente parece conocer a Consuelo como si de su mejor amiga se tratara.

Mientras el descanso está presente, Consuelo se pasea por entre los jóvenes como una intrusa en su propia casa. Algunos le hacen cortas preguntas o alagan la pulcritud y belleza de su apartamento, la vista desde él, la cercanía a todo lo que ella comenta durante su entrevista.

— Yo fui criada aquí. En este parque que tengo en frente. El parque de la Independencia. Fui bautizada en San Diego. Sigo en el mismo sector. Me voy, pero regreso y sigo aquí. En el mismo sector donde nací.



Y luego,

- Toda la vida me ha gustado leer. Leía todos los clásicos infantiles. Uno de curioso va y agarra el libro que ve que el papá dejó de leer. De pequeña me leí *El Llano en Llamas* y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Qué pensaba yo que a los trece años me leí *Pedro Páramo*. Incluso ahora que tengo una librería aquí cerca, hacemos club de libros, agarramos a Pedro Páramo y todavía sigo diciendo y tratando de entenderlo. Pero no, de todas maneras, esa actividad me fascinaba—.

Consuelo habla y sus ojos brillan. Su rostro expresa esa emoción que sentía al leer aquellos clásicos que consumía página por página.

- Creo que ser lector es lindo en todo sentido. Desde los libros que huelen delicioso hasta estar uno sentadito, tranquilo, con buena luz. Las imágenes las pone uno. Yo era tímida y probablemente mi desfogue era hacia esas imágenes que me hacía en mi cabeza.

La charla continúa. Consuelo se acomoda el fistol en forma de trompeta que trae en su saco. Mira por la ventana. Al fondo, el cerro de Guadalupe; al frente, la Torre Colpatria y muchos otros edificios. Vuelve su mirada a la sala, se encuentra de nuevo con los ojos de su entrevistador y los espectadores. La conversación reanuda. Los años de La Mama, sus profesores en la Academia, las luchas por la defensa de los derechos de los actores. Los veinte años como publicista, las novelas en las que actuó, los musicales que hizo, los comerciales en vivo, el cine, sus hermanos, su papá, su mamá.

Parece que todo lo que se sabe de ella se ha ido consumiendo entre preguntas y respuestas. Todo archivado en grabadoras y cámaras. Los jóvenes apuntan tanto en sus libretas que parecen perderse los detalles de la mujer cada vez que habla, como su boca que se estira con una gran sonrisa, las arrugas que embellecen su rostro cuando medita sobre un recuerdo o sus manos que parecen moverse solas para recrear mejor las historias que pronuncian sus labios.

— Creo que la esperanza de mi papá cuando entré a la academia era que cuando me pusieran en un escenario me pondría a llorar, volvería a casa y ya todos estarían tranquilos. Pero no fue así. Lo que sentí cuando me subí a ese escenario por primera vez, a hacer un ejercicio de improvisación, fue un golpe de emoción tan hermoso y contundente que yo dije: esto es felicidad, ahora sí sé qué es la felicidad. Es lo único que quiero hacer por toda la vida. Por lo menos mientras pueda.

Y así fue. Estamos con Consuelo Luzardo. Actriz colombiana conocida en todo el territorio nacional. Ganadora de muchos premios en diferentes oportunidades. Una mujer que describe su trabajo como la obra de su vida.

— Yo digo que mientras pueda caminar y memorizar, ojalá me sigan dando personajes. Tengo una vida rica, se puede viajar, se puede conocer, se puede leer, se puede de todo. Pero actuar me sigue pareciendo tan lindo, me sigue produciendo tal emoción que yo no quiero dejarlo todavía.

Ya acostumbrada a los ojos impacientes de los universitarios y docentes, Consuelo pide ser recordada no por su trabajo, no por sus luchas, no por desgracias.

— Quiero ser recordada por mi familia. Que mis sobrinos digan: ¡Ah! La tía Consuelo, una machera de tía. En eso sí aspiro grandes recuerdos. De pronto alguien por ahí vea una foto y diga ¡uy! esa señora, mi mamá me decía que trabajaba en una cosa, que no sé qué, algo de eso. Lo que yo he sentido, digamos en esta última década, es que se me ha acercado mucha gente en la calle, en el teatro a decirme: señora, gracias porque me ha proporcionado unos momentos tan especiales. Pero eso es algo que se ha dado últimamente, porque tal vez todos somos grandes y uno dice: pues mejor se lo digo antes de que la señora se muera o me muera yo.

Consuelo baja su mirada, siente haberlo dicho todo. Una pregunta de un joven sentado en la parte de atrás, con sus piernas cruzadas en el suelo rompe el silencio un poco tenso. ¿Ha sentido que quiere continuar más

en su oficio? Consuelo sonr e, mira a la ventana y luego sin asomos de inseguridad responde:

— Si he de ser sincera, básicamente yo he hecho este trabajo con todo mi amor, porque me gusta. Uno no sabe hasta dónde actúa para uno mismo y después ahí sí para el resto del pueblo, para la gente, aunque un actor depende de su público. No hay actor sin público porque eso sí, los otros pueden existir; admiro mucho a los que crean en solitario, los escritores y los pintores me producen una envidia de la mala. Ellos sí pueden hasta la edad que sea, en la silla de ruedas, con el bastón, el dolor de lumbago, pueden seguir produciendo; uno no. Uno necesita tener un buen estado físico que le permita moverse en un escenario o en un set, uno tiene que memorizar. Entonces espero es eso, que alguien vea una foto y diga  Ay!, mi mamá dice que usted es maravillosa. Ahora yo firmo muchos autógrafos y me dicen: tómese una foto conmigo que mi mamá se va a morir...  se va a morir de la emoción cuando diga que la vi a usted!

Es mediodía. El sol se escondió de nuevo entre las espesas nubes que juegan a enviar leves y discontinuas gotas de agua sobre la capital. Consuelo sonr e con gusto. Mira a todos de nuevo. Se queda sentada esperando, algo falta.

— La presentación. También fui script, sé que eso no se puede quedar por fuera.

Y así, como si hasta ahora inici aramos nuestra conversación, Consuelo se presenta ante la cámara, como si no la conoci aramos, como si ella, de una u otra manera, no fuera parte de nuestra vida.





De los sets a los pits

Por Yisseth Jhovana Prieto Torres y Sara Marcela Díaz Olaya

El 17 de febrero de 1971 se inauguró el Autódromo Internacional de Bogotá, y con él, nace lo que sería la gran década del Automovilismo en Colombia. Ricardo Mejía Gutiérrez donó el terreno y una pequeña parte de su patrimonio económico para la construcción de este proyecto. De esta manera, el barrio San Diego dejó de ser el protagonista de las carreras callejeras que se organizaban, durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. Las válidas tomaron un giro importante en su denominación, dieron despegue a la fórmula 2 y al automovilismo de pista, que trajo consigo campeonatos de gran prestigio comercial y profesional en el país. En los años setenta, floreció el automovilismo colombiano.

En este escenario se realizaron un sinnúmero de carreras de velocidad y duración, además de campeonatos con fines sociales, en los cuales artistas y famosos

colombianos de la época participaron. Ellos demostraron que no solo tenían un gran talento para el arte, sino que por su cuerpo también rugía la adrenalina y pasión automovilística. Entre los reconocidos talentos se encontraban artistas de la talla de Víctor Mallarino, Judy Hanríquez, Hernando “el culebro” Casanova, Bernardo Romero Pereiro, Amparo Grisales, Alí Humar, Gloria Ramírez, Carlos Muñoz y la gran Consuelo Luzardo.

El rugir de los motores y el olor a aceite quemado era incesante ese domingo 22 de octubre de 1978, día en que los artistas demostraron su valentía y verriquería. Los nervios y emociones del público se hicieron notar con gritos y ovaciones ante la gallardía de estos novatos que, aún con malos presagios, revelaron sus habilidades en la pista en el Primer Torneo Automovilístico de las Estrellas de la Televisión.

El torneo servía de apertura a la célebre Copa Orient de Fórmula 3 y los actores se prepararon con un mes de anticipación, buscando un lugar en el pódium. La excitación nerviosa no logró que las 14 participantes del campeonato bajaran la guardia para alcanzar el triunfo que por primera vez disputaban en una pista de velocidades. Al alcanzar tiempos inimaginables y sin darse por vencidas, convirtieron el miedo a la pista en motivación. Aun así, los asistentes aseguraban que los resultados serían desalentadores dada su verdadera vocación, la actuación. De los sets a los pits hay una distancia que ni la velocidad supera, pero los artistas sorprendieron a la afición y convirtieron la carrera en algo más que un espectáculo.

Los actores Consuelo Luzardo y Bernardo Romero Pereiro, fueron los personajes más destacados de este torneo. Bernardo no mostraba sus nervios y se paseaba por todo el autódromo con una sonrisa de oreja a oreja, y sin dar espera a sus contrincantes se ubicó de primero en la línea de partida; “la champion” Consuelo, como ya la describían muchos de sus seguidores, se exhibió de manera intrépida, aunque el fumar



en repetidas ocasiones delató sus nervios por la válida que estaba a punto de iniciar.

Sin hacer comentarios ni dar explicaciones al respecto, Consuelo apagó su último cigarro y se enlistó para correr en su auto N° 05 de marca Dodge Alpine que la firma Chrysler Colmotores prestó para el encuentro de las estrellas de la T.V. En su primera vuelta el auto le brindó la seguridad suficiente para conducir a alta velocidad sin titubear al tomar las curvas, incluso las cerradas, que se atravesaban en su camino. El suave tejido de terciopelo que adornaba su silla le proporcionó la necesaria calma para presionar el acelerador en el momento indicado. No obstante, la sensación de calma no la consumió por completo y siempre estuvo alerta, debatiendo el primer puesto rueda a rueda con Gloria Ramírez, una de sus más fuertes contrincantes.

Desde joven siempre fue tímida y calmada, pero ante las situaciones que la requerían alerta, con ánimos de triunfar y demostrar de qué estaba hecha, Consuelo agarraba el volante con fuerza, metía los cambios necesarios -primera y segunda para tomar impulso y

arrancar; tercera, cuarta y quinta para saltar a relucir en el escenario- porque en las carreras del autódromo y en el día a día no solo competía ella, pues era acompañada por la criada, Dolores Olmedo, Cuqui, la tía Cena, Magola de Granados, y otros tantos personajes con los que llenó de emoción a los colombianos.

Con su Dodge Alpine N°05 de carrocería bien estudiada, segura y de gran versatilidad, Luzardo continúa, va por su tercera vuelta de las ocho pactadas. La competencia sigue siendo ardua puesto que Gloria le sigue apostando al acelerador. Consuelo no se queda atrás. Aunque en ocasiones sus llantas rechinaron y se desviaron un poco de la línea de la carrera, para “la champion” eso no fue impedimento al sobrepasar a su contrincante, poniéndose en primer lugar lo que restaba de la carrera.

Desde la salida, Consuelo nunca tuvo en su cabeza un solo pensamiento que la hiciera dudar de su triunfo. “La champion” estaba casi segura de que saldría victoriosa a recibir el trofeo de campeona, así como sus tantos premios TvYNovelas, India Catalina y Simón

Bolívar, que exaltaron sus actuaciones. Esta vez sería un trofeo el que la catalogaría como la mejor corredora entre sus colegas de la pista y el escenario.

El triunfo y su posicionamiento como la mejor corredora duró un año más. Consuelo “la champion”, no se dejó arrebatar el primer puesto por ningún rival. Fue el cierre del Autódromo Ricardo Mejía aquel 31 de diciembre de 1980, quien cerró sus puertas y apagó su motor, el mismo año en que se enciende y se dispara a toda máquina su carrera como actriz.

La adrenalina y la velocidad siguen en la vida de Consuelo Luzardo. Jamás se detiene, aprieta el acelerador, toma con arrojo las curvas. Así lo ha hecho durante sesenta años y, como en la pista aquel 22 de octubre de 1978, sigue en primer lugar.



La carrera de los artistas en el Autódromo



Gloria Ramírez del equipo CROMOS estuvo en el 1er. lugar hasta la 6a. vuelta (eran 8). Luego la sobrepasó Consuelo Luzardo.

Consuelo Luzardo ganó la carrera de mujeres. Juddy Henríquez llegó en el último lugar pero su esposo Bernardo Romero ganó en la de hombres.

Los artistas también dieron su lección de automovilismo en el autódromo.

La carrera de estrellas de la televisión que se realizó antes de la etapa, resultó todo un éxito. No sólo por la cantidad sino incluso por la misma



Una machera de tía

Por Juan Carlos Díaz

Maravillada por la doble tonada del jazz, el sonido que produce el bongó en la música cubana, la melodía del corno francés en los escenarios clásicos, cautivada por la buena lectura a la que la indujo su padre y seducida por el buen cine, Consuelo Luzardo desarrolló desde niña su sensibilidad y amor por el arte.

— En casa el ambiente era muy bonito. Yo, con tan solo 10 años, siendo una niñita me veía películas rusas como *El don apacible y Pasaron las grullas* —. Esboza una sonrisa al recordar su pasado, y continúa: —Cosas que eran para los cineclubes de la época.

Consuelo Luzardo crece en medio de una amorosa familia tradicional. Su padre, arquitecto y un hombre culto de la época, fue el estribo para que Luzardo y sus hermanos desarrollaran un afecto especial por el arte y a su vez lo hicieran parte de sus vidas. Él apoyó, motivó

y financió algunos de sus proyectos. La creación del Teatro experimental La Mama y algunas producciones cinematográficas de su hermano Julio no hubiesen sido posibles sin la ayuda de su padre. Su madre, una mujer pulcra y de gran amplitud espiritual, una maravillosa madre y excelente esposa, practicante del yoga y de la gimnasia psicofísica en tiempos en los que parecía ser una rareza, siempre estuvo allí para aconsejarla, enseñarle el respeto por el prójimo y por las religiones.

La conexión que Consuelo compartía con su hermana Celmira era especial. Amaban viajar juntas, eran las mejores amigas y las más grandes cómplices. El amor que se tenían era tan grande que incluso se puede decir que compartían la maternidad de Laura, la hija de Celmira. Consuelo siempre veló por el bienestar de Celmira, la cuidó y protegió como si se tratara de su primogénita.

— Cuide a su hermanita que ella es como su hija también, usted es la segunda mamá de Celmirita, me decía mamá— comenta.

No pudo ser más perfecto, antes de que Celmira cumpliera 15 años mantenían agarradas, ya después se contaban todo.

“*La dama del alba*” de Alejandro Casona fue la primera obra en la que Consuelo compartió el escenario con su hermana, cuando ésta tenía 7 años.

— Era una obra en la que necesitaban niños que estuvieran por ahí, corriendo, por lo que decidí incluir a mi hermana para que me acompañara—. Es fácil advertir su alegría cuando recuerda a su hermana.

Compartieron sets en novelas como “*Historia de dos hermanos*” y “*Los cuervos*”, que fueron muy populares y bien recibidas en la época.

Julio Luzardo, hermano mayor de Consuelo, es un fotógrafo, director y guionista; a su regreso de Estados



Unidos donde estudió dirección de cine en la UCLA, fue el edecán y quien espantaba a los pretendientes de su hermana. Ella se alzaba en los tacones de su mamá, agarraba a Julio del brazo y emprendía camino intentando parecer mayor de edad, para poder ver esas películas francesas que tanto le gustaban y que proyectaban en el Teatro Coliseo, que quedaba en la carrera 7 con calle 30, en la ciudad de Bogotá.

Julio llega al país en la época en que la nueva ola francesa impregnaba las calles de la capital colombiana.

— Los 60 fue una década absolutamente maravillosa donde había una necesidad de expresión y donde una cantidad de gente talentosísima no estaba dispuesta a quedarse oculta y callar — dice Consuelo con voz fuerte y propiedad al comentar lo que sucedía en la época.

“*Tiempo de sequía*” de Manuel Mejía Vallejo, fue adaptada por Julio Luzardo y se convirtió en su primera película, logro que compartió con su hermana Consuelo al trabajar junto con ella en la producción del

filme. Su hermano determina que ella, y solo ella, tiene que ser su script, haciéndola estudiar día y noche para que pudiera desempeñar bien su trabajo. En “*El Zorro*”, cinta producida también por Julio y que hace parte de la trilogía “*Tres cuentos colombianos*”, Consuelo obtiene un pequeño papel. Julio también dirigiría varias obras de teatro en La Mama.

Consuelo Luzardo es una mujer que ama a su familia. Para ella sus sobrinos son sus hijos. En su época de publicista recurrió a ellos para filmar algunos comerciales y hoy, con 74 años y una carrera que le ha permitido ganarse el amor de todo un país, para ella no hay nada más importante que su familia. Como ella misma dice:

— Uno quiere ser recordado por su familia, que digan “¡tía Consuelo, una machera de tía!”.



Tiempo de radionovela

Por Érika Cárdenas

Consuelo Luzardo nunca imaginó que se ganaría el amor del público a través de sus inolvidables personajes, nunca imaginó que, al graduarse de la Escuela Nacional de Arte Dramático, iniciaría, además, un camino que la llevaría a la radio, ese medio que la maravillaba en las tardes de casa cuando, junto a su familia, detenían el tiempo para no perderse el capítulo del día. En últimas, jamás pensó, cuando tenía 14 años, que se convertiría en uno de los referentes de las radionovelas colombianas y que luego se convertiría en una de las mejores actrices de Colombia.

Cuando era niña, Consuelo se escondía en la cocina, tomaba unas largas onces mientras se cautivaba escuchando las radionovelas de la época. Las décadas de los años 40 y 50 fueron los inicios de las historias melodramáticas contadas a través de la radio en Colombia. Corría el año 1955 y Consuelo tenía 10 años. Su cocina era el lugar de imaginar, soñar y emocionarse

mientras escuchaba probablemente la legendaria radionovela *El Derecho de Nacer*, original de Félix B. Caignet. Fernando Londoño Henao, directivo de Caracol, adquirió los derechos de esta radionovela que se adaptó en muchos países de América Latina.

El padre de Consuelo fue un arquitecto interesado en la cultura. Él le inculcó el amor por la lectura, la buena música, el buen cine y los buenos programas radiales. En su casa cambiaban los horarios de la cena y los domingos familiares para escuchar los clásicos importantes, sin estar al mismo tiempo peleando con el tenedor, como solía decir su padre.

Consuelo, desde muy niña leía los clásicos infantiles y otros no tanto, como *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Aun hoy se pregunta cómo siendo una niñita se había enfrentado a la literatura de Rulfo, que aun hoy, le genera muchas inquietudes e interrogantes. Lo cierto



es que su padre le enseñó a amar la lectura. Siempre le emocionó compararlo con el amor que fue forjándose en ella hacia las radionovelas.

La radio y los libros comparten la misma magia, las imágenes están en la cabeza. En la radio te dan efectos, sonidos, voces, pero las imágenes son un poder, las pones tú en tu cabeza.

En su época, la radionovela detenía al país entero. “*Kaliman, el hombre increíble*”, era original de México, pero que en Colombia alcanzó los más altos índices de audiencia. “Serenidad y paciencia pequeño Solín, mucha paciencia”. Esas frases son recordadas por millones de colombianos que escucharon las aventuras de Sandokan, el Tigre de la Malasia, Arandú, Los cisnes azules”, “Renzo el Gitano”, “Kadir el Árabe”, “León de Francia”, y “La Ley contra el hampa”, sin olvidar la afamada “Doctora Corazón”, entre otros.

Las canas de Consuelo Luzardo cuentan la historia de una trayectoria de éxitos y amor del público hacia ella. Se graduó de la Escuela Nacional de Arte Dramático

a la que asistía en jornada nocturna, y nunca imaginó que incluso al seguir asistiendo a montajes de obras como alumna egresada, iniciaría su camino en el



mundo radial con programas de humor y radionovelas en la emisora Todelar, por la época cuando Santiago García era el director del grupo de teatro de la Universidad Nacional.

Yo soy locutora licenciada por el Ministerio de Comunicaciones porque en esa época se presentaban exámenes, uno oral y otro escrito. Luego le daban a uno la licencia. Eran dos licencias, una para locución y otra como radioactriz. Yo tuve las dos.

En la emisora Todelar, trabajó en reconocidas radionovelas como *Talidomida, la droga maldita* en 1964, con grandes del género en Colombia: Esther Sarmiento de Correa, Gaspar Ospina y Libia Escobar.

En los sesenta, las radionovelas tuvieron un importante auge en Colombia. Desde países como Cuba y México traían novelas con cierta popularidad y recomendadas por amigos cercanos, hacían adaptaciones y creaban el montaje para hacerlas.

A Consuelo Luzardo le emocionaba la magia que yacía detrás de los micrófonos. Sintiendo aún una niña de medias cortas, como lo menciona ella, creció

en la radio junto a Rosmira Chica y después en Caracol con Fabio Camero.

La fama y el reconocimiento llegaron con la televisión, pero en la radio, como radioactriz o como locutora, Consuelo Luzardo no sólo fue feliz, sino que compartió su sentimiento con miles de colombianos.







Tiempos de teatro

Por Alix Oriana Sierra Vargas y Stephania Valenzuela Henao

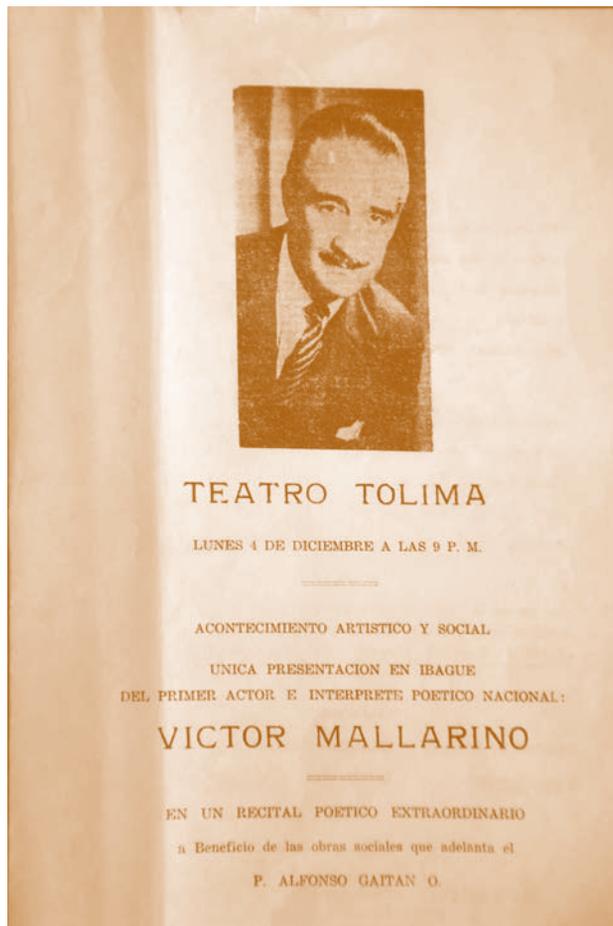
“El teatro es una necesidad del alma”, dice Consuelo Luzardo mientras una sonrisa se dibuja en su rostro. Su amor por el teatro y la actuación la ha mantenido joven en sus 74 años y le ha permitido cada día de su vida tener una meta indudable y clara.

Su infancia transcurrió entre el arte y la cultura: los clásicos de la literatura, la música de Tchaikovsky sonando de fondo al ver ballet en el Colón junto a su madre María de Jesús Montenegro. El amor de su padre, siempre guiándola y la influencia de su hermano, Julio Luzardo, lograron que ella pasara de ser una niña tímida, a ser una apasionada mujer que motivaría en un futuro a los jóvenes a entrar al mundo del teatro.

1959 se convirtió en el año que le permitió a Consuelo Luzardo encontrarse con su destino. En él, su vida culminó el giro de 180°, pues fue en ese año donde se

encaminó con firmeza en las artes escénicas, acto que definió los matices de la pasión y el compromiso que la han caracterizado durante toda su carrera. En 1959, ingresó a estudiar actuación en la Escuela Nacional de Arte Dramático. Con 14 años, Consuelo empezó a respirar, sentir y vivir lo que era el teatro.

La calle 10 con quinta de La Candelaria se volvió el lugar al que Consuelo corría todas las tardes al salir del colegio. La necesidad de expresión estalló en la década de los sesenta junto con ella. La Escuela, ubicada en los Altos del Teatro Colón, en la hoy llamada Sala Mallarino, en honor a su entonces director, Víctor Mallarino Botero, a quien Consuelo considera mentor y segundo padre, tiene un papel importante en el surgimiento del teatro moderno y fue el escenario donde se formaron algunos de los más reconocidos y talentosos actores en la historia del teatro colombiano.



Consuelo Luzardo empieza su vida artística en el Teatro Colón. La primera obra donde participa describe la España profunda del siglo xx, “*La casa de Bernarda Alba*” de Federico García Lorca, donde se muestra el drama de las mujeres en los pueblos de España. Víctor Mallarino Botero puso su confianza en ella y en lugar de recrear una mujer vieja, le dio un rol en el que ella interpreta una de las dos criadas, debutando y creciendo con toda la generación de artistas que marcarían un nuevo comienzo del teatro en el país.

La puesta en escena se llenaba a partir de la creatividad de estos jóvenes para poder ambientar sus obras. Todos llevaban cosas de sus casas para decorar. Consuelo, dedicó 30 años al servicio del teatro sin recibir una remuneración, todo por su amor, el arte, sin esperar nada a cambio. Una mujer llena de talento que luchaba por su causa.

Fueron cuatro años los que Luzardo estudió en la ENAD. Después de esto, decidió continuar con su carrera en compañía de grandes maestros como Santiago García, con quien tuvo la dicha de participar en la fundación de la Casa de la Cultura ubicada en

la carrera 13 con calle 20, que luego, en 1968 pasó a llamarse Teatro La Candelaria. En este tiempo fue partícipe de muchas obras, una de ellas *“Persecución y asesinato de Jean Paul Marat”* de Peter Weiss. Ésta, es una representación sangrienta del sufrimiento de un hombre que plantea la duda de si la verdadera revolución se produce cambiando la sociedad o cambiándose a sí mismo.

Consuelo tuvo la oportunidad de compartir su carrera con muchos actores y maestros, sin embargo, después de trabajar con Santiago García se asoció con Kepa Amuchastegui, Paco Barrero, Germán Moure y Gustavo Mejía para hacer la sucursal colombiana de La Mama en honor al teatro experimental que Ellen Stewart había creado en Nueva York. Fue aquí donde su trabajo se intensificó, pues debían conseguir dinero para mantener el lugar. Su padre fue el promotor, cómplice y patrocinador de su bella locura.

Un tiempo después, los directores de La Mama consiguieron concretar una estrategia que permitía sostener el teatro. El secreto estaba en estrenar obras cada 15 días y realizar festivales cada tres meses. Fueron días

intensos en los que no había tiempo para dormir, sólo para crear. Alentaban a los jóvenes por medio de la literatura universal en el teatro, practicaban obras como *“Dos viejos pánicos”*, *“La cabeza de la vía”* y obras de Samuel Beckett que impulsaron la prolongación de su libertad por medio de la actuación.

Al involucrarse con otras actividades como la publicidad, el automovilismo y la televisión, pasó cinco años lejos del teatro, tiempo que fue el más largo en toda su trayectoria. Sin embargo, si tenía la oportunidad, hacía montajes esporádicos como *“Rosencrantz y Guildenstern han muerto”* dirigida por Kepa Amuchastegui, una obra que narra los sucesos del Hamlet de William Shakespeare desde el punto de vista de dos personajes secundarios, los cortesanos Rosencrantz y Guildenstern. Pero fue hasta 1982 que Luzardo regresa al teatro, y como dijo una vez el director y fundador del Teatro Libre de Bogotá, Ricardo Camacho “(...) es una actriz de teatro prestada a la TV”.

El regreso de Consuelo se da gracias a la obra *“¿Quién le teme a Virginia Wolf?”* del dramaturgo estadounidense Edward Albee, en donde se cuenta la historia de





un matrimonio de 20 años que a partir de una visita recibida, enfrentan sus propios odios, quedándose invadidos en su soledad. Esta obra fue un éxito y dio paso a una nueva etapa en la vida escénica de la actriz.

En esta nueva etapa, en el año 1984, bajo la dirección de Ricardo Camacho, se montó una de sus obras favoritas entre el Teatro Nacional y el Teatro Libre: *“Panorama desde el puente”* de Arthur Miller, historia que transcurre en los años cincuenta del pasado siglo en los suburbios portuarios de Nueva York, abordando el drama de los inmigrantes ilegales. Esta obra tuvo una escenografía que transportaba al público a una calle al lado del puente de Brooklyn, en Nueva York, con unas fachadas teatrales donde predominaban las escaleras de emergencia y las luces de las ventanas de los apartamentos que despertaban las ganas de saber qué estaba pasando adentro. Uno de esos apartamentos era el de la familia Carbone de origen italiano. Luzardo protagonizó la historia.

La vida de Consuelo se cuenta a través de su cuerpo en cada uno de los escenarios en los que ha hecho parte de un grupo de trabajo, de una escenografía, de un

ensayo que le permite ser mejor en cada uno de los personajes que le correspondía. Su vida ha estado atravesada por el teatro. Su participación en obras como “*Los demonios*”, “*De profesión maternal*”, “*El locutorio*”, “*Cartas de amor*”, “*Chicago: el Musical*”, “*Voz*”, entre otras, le ha permitido luchar y mejorar día a día ese amor a primera vista que ha estado junto a ella en estos 60 años de trayectoria.

Por sus venas corrían las emociones encontradas cuando se enfrentaba a un escenario. Cada proyecto era un universo distinto para el que debía leer, ver cine, viajar, conocer gente y llenarse de referentes para interpretar un personaje.

Es una mujer comprometida con su trabajo y, además, una mujer que después de las actuaciones, de las emociones estalladas y de largos ensayos, sabía junto con sus compañeros, que era necesario salir a hablar, bailar o tomar un whiskey para poder dormir tranquila después de una obra.

En celebración de sus 60 años en las artes escénicas, Consuelo Luzardo regresa con una obra de Víctor Quesada, “*Las mujeres de Lorca*”. Obra que gira en

torno a cuatro mujeres icónicas del poeta Federico García Lorca, en la que se origina un encuentro inédito en torno a las pasiones, alegrías y sufrimientos que motivan la existencia de cada una de ellas, quienes esperan por el regreso de su escritor. Consuelo interpreta bajo el plafón del teatro a Bernarda, la protagonista, la matrona de la Casa de Bernarda Alba. Lejos de tiempos aquellos, en los que siendo niña interpretó a una de las criadas.

La obra fue estrenada el primero de marzo de 2019 y toda su fuerza actoral volvió a respirar bajo la mirada impasible de las seis musas griegas pintadas por Filippo Masteralli y Giovanni Menarini en el techo del Teatro Colón.

“Me niego a renunciar”, dice Luzardo mientras sus ojos claros brillan, combinando con sus aretes dorados. Su apartamento actualmente refleja la admiración a la pintura, la música y la danza: cuadros, instrumentos de viento colgados en la pared y varias enciclopedias sobre el arte en Colombia. Hoy, recordada por los colombianos, sigue trabajando. La timidez de

su infancia, esa que hizo dudar a su padre de su futuro en el teatro, sigue presente, en el fondo de su alma, pero opacada por el volumen de su disciplina, de su tenacidad, de su amor por el arte, de su amor por el teatro.

"La Mama" Inicia Hoy su Temporada Teatral

Pone en escena "Dos Viejos Pánicos", de Virgilio Piñera, bajo la hábil dirección de Eddy Armando.



La actriz colombiana Consuelo Luzardo y el director y actor, también colombiano, Kepa Amuchástegui, en una escena de la obra "Dos viejos pánicos", que hoy se presenta en el teatro La Mama bajo la dirección de Eddy Armando. — (Foto de Julio Luzardo).

Hoy, en función de pre-ensayo, a las 9 de la noche, el Grupo Experimental de Teatro "Café La Mama", inicia sus labores con la obra "Dos viejos pánicos", del escritor cubano Virgilio Piñera, ganador del Festival de Teatro "Casa de las Américas", de 1962.

La pieza está dirigida por Eddy Armando, y la interpretación corre a cargo de los artistas Consuelo Luzardo y Kepa Amuchástegui, con la asistencia de dirección de Jorge Cano.

La obra se basa en la vida de Toti y Tabo, dos viejos residentes que luchan entre sí para encontrar un sentido. Durante el desarrollo de la pieza regresan a la niñez y viven su existencia recién nacidos. Si al comenzar la obra ambos viejos descubren que nada tienen que decirse, al terminar volverán a silbarse en el punto inicial.

"Dos viejos pánicos", describe un mundo cerrado, en donde el exterior no se ofrece más que como una creación interna y en donde el mundo a la vez se muestra a través de un doloroso proceso de humillaciones, insultos, disfraces y ceremonias marabaras. La realidad está expuesta desde adentro de los personajes y existe en función de ella transformada, adaptada y en sesiones rechazada en aras de una creación propia.

Uno de los miembros del jurado, Hilber Cantero, señala: "La totalidad de esta obra posee una intensidad estremada por el pánico, se recorta con toda su violencia negativa sobre el telón de fondo de un argumento histórico presente, sobre la realidad de una sociedad en pleno proceso de rejuvenecimiento, una sociedad que reestructura sus cimientos y se proyecta osadamente sobre el porvenir. Este es el pánico con que se alimentan Tabo y Toti; el pánico frente a la sociedad; el pánico frente al futuro. Y en el análisis consciente o inconsciente, deliberado o no, de una actitud ancestral, en la vivisección de esos dos arquetipos que pueden representar el temor de una generación y de un sector social determinado frente a la transformación revolucionaria de la historia, encuentro yo el núcleo mayor y el humanismo de esta obra".

La obra estará en cartel hasta el 18 del presente mes.



Zapatos de tap

Por Juliana Valentina Hernández

— Me encantan los musicales. Cuando voy a Nueva York me los quiero ver todos, igual cuando voy a Londres. Me gasto los platales para eso, es un género delicioso que me gusta.

Sentada en aquel sofá blanco de su casa, con un pantalón de rayas en tonos verdosos, un saco gris que va hasta el cuello, una chaqueta café y unos zapatos de tap, Consuelo Luzardo ríe, haciendo que las arrugas alrededor de sus labios se escondan para mostrar una gran dentadura. Sus ojos brillan al mencionar los fabulosos años noventa, cuando se inició en los musicales.

— En los inicios de la década de los noventa, David Stivel, un gran director argentino que nos enseñó a muchos de nosotros, actores y productores colombianos, dijo: yo quiero hacer musicales. Y todo empezó.

Obras de teatro como *“Sugar, el musical”*, en 1989, empezaron a tomar fuerza nuevamente en el país, porque desde 1943, en el Teatro Municipal, hoy Teatro Jorge Eliecer Gaitán, ubicado en la localidad de Santa Fe en la carrera séptima con calle 22 de Bogotá, se presentaron diversas obras de comedia y sátiras musicales.

Los musicales le dieron a Consuelo la oportunidad de practicar otro tipo de expresión, uno que se acercaba más al público a causa de la música: el actor proclama sus líneas más importantes, haciendo que cada nota viaje por todo el cuerpo humano, cuando llega al cerebro, activa el sistema de neuronas espejo y permite que el otro sienta la emoción interpretada.

A sus trece años, a Consuelo le encantaba ver el ballet con su madre. Expresarse con su cuerpo, en los

tiempos en que estudiaba actuación en la Escuela Nacional de Arte Dramático, se convirtió en una necesidad. Siempre quería bailar. Danza clásica, música o teatro, todas eran una oportunidad para estar en el lugar donde es más feliz: el escenario.

— Empezamos hacer los musicales de Broadway... *La jaula de las locas*. Un Musical de Broadway de Jean Poiret, con libreto de Harvey Fierstein, música y letras de Jerry Herman.

Los musicales tenían lo preciso para quedarse en el corazón de la actriz. Como dijo alguna vez David Stivel, tienen todos los elementos que caracterizan este espectáculo que es típicamente estadounidense: música con raíces de jazz, grandes coreografías, y mucho lujo.

Hoy, las manos de Consuelo bailan. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, escondiendo aquel anillo dorado que la acompaña en su dedo índice de la mano derecha. Intercalando el ritmo entre sus manos y pies, Consuelo intenta recordar:



— Yo estuve... ¡Ayy! No se me puede olvidar el nombre... en uno de estos clásicos musicales... *“La mujer del año”*. Éramos María Cecilia Botero, Víctor Mallarino y yo. Hacía el ama de llaves alemana, me divertí.

“La mujer del año” es una obra que fue escrita y realizada en Broadway por Ring Lardner Jr.; Michael Kanin y John Lee Mahin en 1942. Consiste en la relación entre Tess Harding, una corresponsal de asuntos internacionales y Sam Craig, un escritor deportivo. La obra viaja por los problemas matrimoniales de la pareja como resultado de su inquebrantable compromiso. En su momento, fue protagonizada por Spencer Tracy; Katherine Hepburn y dirigida por George Stevens.

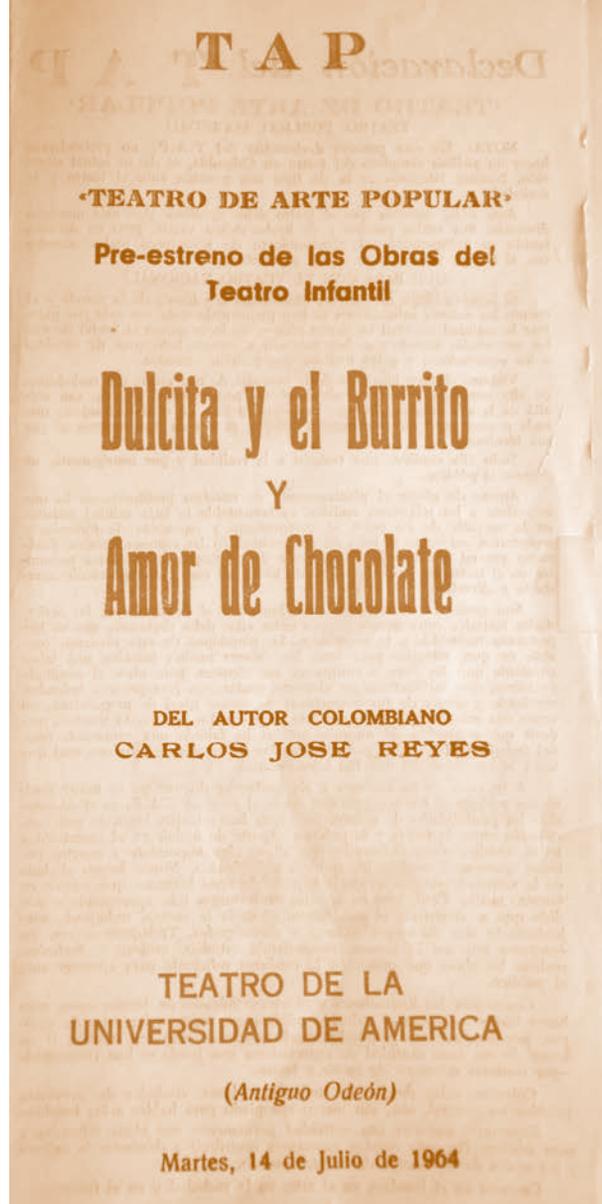
Consuelo no solo destaca por su actuación, sino por la forma en como prepara sus personajes.

— Fui a donde mi ex profesora de alemán, Helga. Yo llegaba y le decía: bueno, ¿entonces aquí la r se hace así? Ella me decía no, dílas como las digo y me marcaba el acento alemán. Yo dichosa.

La música siempre ha estado en la vida de Consuelo Luzardo. Fue DJ en un bar del centro de Bogotá y recuerda con una sonrisa sus salidas a rumbear en la discoteca de Gloria Valencia de Castaño y la crítica de arte de Marta Traba. Al son de la música, la danza, también corre por sus venas.

— Cantaba y bailaba. Tap, bailaba tap, bailaba moderno. Me tocaba después de los ensayos venir a la casa y darle muchísimo porque uno si no está practicando esta disciplina desde siempre, uno no tiene las mismas habilidades que los otros.

Fue tan transparente y mágica la actuación de todo el elenco, que se presentaron en Caracas, Venezuela, seguido de la visita de Doña Flor, hasta el 29 de mayo de 1991. El periódico *El Tiempo*, el 21 de junio publicó una nota donde el director Stivel comentó, “Está escrita y pensada desde su origen como comedia musical. Se habla, se canta y se baila. No es latinoamericana, es una versión latinoamericana, pero nada más”.



— Uno actuando se bate, porque es su cotidianidad, o sea eso es lo que he hecho durante 60 años. Pero los musicales me fascinan y lo hago con una emoción y un susto enorme.

Consuelo siguió su camino en la actuación para las telenovelas sin dejar de lado el trabajo en el teatro y la lucha por el reconocimiento y derechos de los cineastas en el país. Después de un tiempo de ausencia para el teatro musical, con *“Cabaret”* en 2006, volvió a brillar el baile y el canto en las obras del país. En el año 2012 llegó uno de los musicales más famosos de Broadway.

— Hace como diez años hice *“Chicago”*. Es un placer un poco masoquista porque como yo no canto normalmente, cantar me pone más tensa. ¡Y ni hablar de la bailada!

Así es como Consuelo le dio vida durante 25 funciones en el Teatro Royal Center, a Mary Sunshine, una periodista amarillista. Y lo volvió hacer, no se quedó solo con las hojas de su diálogo, sino que contrató a un profesor de canto.



— Y a pesar de eso, todas las noches canté asustada — dice Luzardo, quien asegura que este género escénico es el más exigente. — Hay que tene mucha concentración y precisión.

Han pasado ya 60 años desde que Consuelo Luzardo pisó un escenario. En Colombia, todos la recuerdan por sus actuaciones en la televisión, sin embargo, pocos saben que su gran pasión son los musicales, esos en los que su cuerpo y alma se liberan, otorgándole felicidad a su actuar.



Señoras rarísimas pero regias

Por Daniela Moreno

— “Un momento, ya vengo”, y se salían a buscar el libreto y lo dejaban a uno ahí, frente a la cámara, con los ojos redondos, como un pendejo esperando. Y uno solo decía “apúrate”.

Consuelo Luzardo recuerda los 15 años en los que actuó para la televisión en vivo. A los más valientes y recursivos actores también se les olvidaba el parlamento y tenían que acceder a “técnicas” como estas. Arreglar accidentes de forma inmediata era el pan de cada día. “El que no aprendió ahí no aprendió jamás”, dice.

Quién diría que aquellas improvisaciones se veían tan naturales ante un público que amaba las telenovelas de la época. La televisión estaba en auge, era lo nuevo, lo inédito. Consuelo Luzardo llegó a la televisión en los años sesenta: una muchachita de apenas 20 años debutaba en la comedia televisiva *Yo y tú*, dirigida por

Alicia del Carpio, quien descubrió que Consuelo no estaba hecha sólo para los comerciales.

Durante una década, Consuelo estuvo inmersa en la producción de *Yo y tú*, una comedia original, en la que las deudas de Cuqui con el tendero de la esquina, el arroz con pollo, los culebreros, el ajiaco y el tamal cumplieron con la tarea de crear un ambiente y personajes muy verosímiles.

— Aún hay gente que me dice Cuqui. Alabo la memoria de esas personas— dice.

Fernando Gómez Agudelo, un importante hombre en la historia de la televisión del país, marcó una línea diferencial en la producción de novelas. Corrían los sesenta cuando decidió dejar las telenovelas de Corín Tellado. Según Consuelo, la televisión nacional subió



de nivel. Había que innovar, y eso hicieron. Junto con la agente literaria Carmen Balcells, compraron derechos a Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Mario Benedetti, José Donoso, entre otros escritores del momento. Se tomaron en serio la tarea de subir el nivel. Como resultado, grandes producciones; *La tía Julia y el escribidor*, *Gracias por el fuego*, *La tregua*. Adaptaciones para telenovela de historias creadas por las estrellas del momento, por los grandes escritores latinoamericanos.

A mediados de los setenta, a la televisión colombiana llegó un hombre que cambió la manera de contar las historias, que impuso el misterio, que se salió de lo común y llevó a cada uno de los hogares colombianos el suspenso: Julio Jiménez.

Había comenzado su carrera escribiendo radionovelas para Radio Sutatenza, y Consuelo lo conoció como actor en el Marat-Sade. Sí, estaba en el mundo de la actuación, pero no se quedaría solo personificando, no. Él buscó la manera de ser quien creara personajes. Llegó a la televisión sin mucho esfuerzo. Le presentó



un libreto al actor, director y guionista Bernardo Romero Pereiro. A los 8 días lo llamaron para hacer la novela *La feria de las vanidades*, una adaptación de la obra de William Thackeray.

Consuelo Luzardo maravilló al nuevo guionista y director.

— Se inventaba unos personajes retorcidos. Se le iba a uno la cabeza haciendo esos personajes, me moría de la dicha — menciona un tanto emocionada, con una sonrisa mientras habla y todos a su alrededor la miramos con admiración, y ella va contando poco a poco lo mucho que le apasiona su oficio.

Los personajes planos no existían y Consuelo agradece a la vida haber tenido que encarnar roles que describe como completamente maravillosos.

— Los personajes de Julio eran tremendos, es que trabajar encarnándolos era algo rico para él y rico para uno.

El creador de un gótico en la novela colombiana, como lo dice nuestra actriz, le creó personajes como la recordada Dolores Olmedo, de *Los cuervos*, en 1984, Magola de Granados, en *¿Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha?*, emitida en 1989. Papeles que quedaron en la memoria de los colombianos hasta el día de hoy. Consuelo continúa con emoción respondiendo el interrogante sobre Julio Jiménez. Sabe muy bien cuánto amó estos personajes.

— Uno estaba ahí en ese universo haciendo unas señoras rarísimas pero regias.

Nido de cuervos, así se hubiese llamado la telenovela que tuvo su primera emisión el 29 de octubre de 1984, protagonizada por Teresa Gutierrez, Delfina Guido y Consuelo Luzardo, pero Fernando Gómez no lo quiso así. “El doctor Gómez le puso *Los Cuervos*, porque para él Nido de Cuervos era muy largo”, dijo alguna vez Jiménez. En realidad, esta novela de suspenso fue un seriado, ya que sólo salía un episodio semanal. El fundador de RTI hubiese querido esta producción por mucho más tiempo, pero Julio era consciente de que

alargar la historia no sería bueno. Consuelo, por su parte, gozaba de ser una viuda, de cabello claro y fanática de la religión: Dolores Olmedo.

La productora y programadora RTI, dirigida por Fernando Gómez Agudelo, fue la principal protagonista en los años dorados de Consuelo y Julio.

— Fueron años muy ricos, muy productivos, de muy buenos trabajos. Sentir que uno estaba aportando calidad y nuevas cosas a un medio no tiene precio.

La vida de esta talentosa actriz ha estado marcada por dos Julios: Luzardo, su hermano, y Jiménez, el libretista.

Ser actor no es fácil. Consuelo Luzardo, desde que recuerda, llega a su casa y repasa sus personajes. Ella reconoce que el talento no lo es todo, hay que combinarlo con disciplina y responsabilidad, más aún cuando se trabaja para libretistas del calibre de Julio Jiménez quien decía:





- 
- “Si les queda difícil decir una palabra, pues que usen otra. Pero lo que me aterra es que cambien los gestos, lo que quiero decir o la psicología del personaje. No me gusta que los actores me creen personajes, porque para eso estoy yo. Ellos se tienen que meter dentro de ese personaje”.

Consuelo, en medio de su diálogo, hace una comparación que nos deja pensando en la calidad de aquellas producciones de los años sesenta a los ochenta. Quién se imaginaría que no existían los aparatos tecnológicos con los cuales contamos hoy en día. Es que como ella misma lo dice, era como Los Picapiedra, si llegásemos a ver las condiciones, nos daría entre risa y nervios. Por fortuna, Colombia cuenta con esta actriz, locutora y publicista, como parte de su memoria. Una actriz que conoce los cambios ocurridos durante las últimas seis décadas, una actriz que se conserva mejor que nunca, que vive y ama su profesión, y que en sí misma, es la historia de la televisión colombiana.

